

CAPÍTULO XVIII

(1811)

I

División militar. — Refuerzos á Massena. — Organización de las fuerzas francesas en Andalucía. — Soult á Extremadura. — Wellington trata de cortar la comunicación entre Soult y Massena. — Muerte del Marqués de la Romana. — Rendición de Olivenza. — Acción de Villanueva de los Castillejos. — Ballesteros en el condado de Niebla. — Sitio y rendición de Badajoz. — Expedición contra los franceses en Andalucía. — Expedición fracasada al condado de Niebla. — Retirada de Massena. — Pretensiones de Wellington rechazadas. — Beresford arroja á los franceses de Campomayor y Olivenza. — Batalla de Fuentes de Oñoro. — Sitio de Badajoz. — Batalla de Albuera. — Nuevo sitio de Badajoz. — Espoz y Mina ataca á las fuerzas de Massena en la Sierra de Albarrán. — Organización de nuestras fuerzas en Asturias y Galicia. — Batalla de Cogorderos. — Los montañeses de Liebana.

No podíamos menos de acudir allí donde los franceses nos presentaban la batalla y nuestras tropas se habían repartido por toda la Península con él mayor desconcierto, pudiendo decirse que su división en cuatro cuerpos era completamente ilusoria. La nueva Regencia dividió á España en siete distritos militares, puso á la cabeza de cada uno de ellos un jefe, y á sus órdenes mandó que se pudiesen las divisiones, cuerpos sueltos y partidas sueltas de los respectivos territorios. En esta división se comprendía aún las provincias ocupadas por los franceses: Portugal, Andalucía y Extremadura, Cataluña y los límites de Aragón y Valencia. A los siete cuerpos se los denominó: 1.º de Cataluña, 2.º de Aragón y Valencia, 3.º de Murcia, 4.º de la isla de León y Cádiz, 5.º de Extremadura y Castilla, 6.º de Galicia y Asturias, 7.º de las provincias Vascongadas, Navarra y Castilla la Vieja. Esta división militar resultó tan ilusoria como la primera: partidas sueltas las hubo siempre, y las necesidades de la guerra obligaron á nuestras tropas á un incesante movimiento, como podrán apreciar nuestros lectores.

No bastaron á sacar á Massena de la comprometida situación en que se encontraba en Portugal, ni los refuerzos que Napoleón le envió con los generales Drouot, Claparède y Gardanne, ni los 3,000 hombres con que acudió en su auxilio el general Foy; Napoleón, que sentía viva impaciencia por derrotar á Wellington, que se mantenía firme en sus posiciones de Torres-Vedras; ordenó al mariscal

Soult (Duque de Dalmacia) que abandonase Andalucía y se pusiese en contacto con Massena, con el fin de que juntos derrotasen al ejército inglés, su objeto predilecto. La orden fué recibida por Soult con frialdad y aún con más frialdad ejecutada: miraba á Andalucía como patrimonio suyo y en ella ejercía pleno dominio. Le repugnaba, por otra parte, acudir en auxilio de Massena, cuyas tropas, hambrientas y desmoralizadas del todo, no podían servirle de nada: él había de hacerlo todo con sus soldados de refresco, y la gloria sería luego para Massena, dados sus grandes prestigios. Soult encargó del mando de Córdoba al general Oudinot, atrincheró del lado de Triana la ciudad de Sevilla, cuyo mando confió al general Daricau, envió refuer-

zos, al mando del coronel Remond, al condado de Niebla y, bajo el mando del general Digeon, aportó una columna en Ecija, con el fin de asegurar las comunicaciones. Partió, á principios de Enero, en compañía del general Mortier con dirección á Extremadura. El ejército expedicionario se componía de 19,000 in-

fantes, 4,000 caballos, 54 piezas, un tren de sitio y un convoy con provisiones de boca y guerra. Si á Massena le hubiese llegado tan valioso refuerzo, otra habría sido la suerte de las armas francesas en Portugal; pero Soult, alegando que le parecia imprudente dejar á sus espaldas en poder de los españoles plazas de la importancia de Olivenza y Badajoz, pidió, y obtuvo de su gobierno, permiso para atacarlas. Soult no se proponía otra cosa que no llegar en auxilio de Massena, á la vez que buscaba laureles con que coronar su frente.

En tanto, Wellington, que también necesitaba de refuerzos y los esperaba de Inglaterra, se disponía á cortar la comunicación entre Soult y Massena. Dispuso al efecto de las tropas inglesas y de las



El general Drouot.



El general Oudinot.

españolas que se le habían unido y las mandaban don Martín de la Carrera, don Carlos O'Donnell y don Carlos de España. Iba á ponerse al frente de estas fuerzas, como general en jefe, el Marqués de la Romana, cuando le sorprendió la muerte á consecuencia de la rotura de un aneurisma, en el cuartel general de Cartasco, el 23 de Enero. Su muerte fué muy sentida, á pesar de los muchos errores que había cometido: había prestado también muchos servicios á la Patria. Le substituyó en el mando el general don José Viures, para acompañar la expedición á Extremadura, región que estaba á cargo de don Gabriel Mendizábal.

Campeaba ya Soult por la región extremeña, obligando á Mendizábal á replegarse á la derecha del Guadiana, persiguiendo á la división de Ballesteros, á la que produjo grandes destrozos, y avanzando sobre Olivenza, plaza antes portuguesa, entonces española desde el tratado de Badajoz de 1801. Olivenza tenía escasa guarnición y no contaba con municiones ni artillería gruesa; para embarazar más su defensa envió allí Mendizábal 3,000 hombres. No pudo resistir al empuje de los franceses á pesar de los buenos propósitos de su gobernador Herk, que con haber ofrecido, el día 21 de Enero, sostener la plaza hasta el último momento, hubo de rendirse el 22, á los once días de haberla acometido los franceses, dejando prisionera la guarnición y los 3,000 hombres que en mala hora le envió Mendizábal.

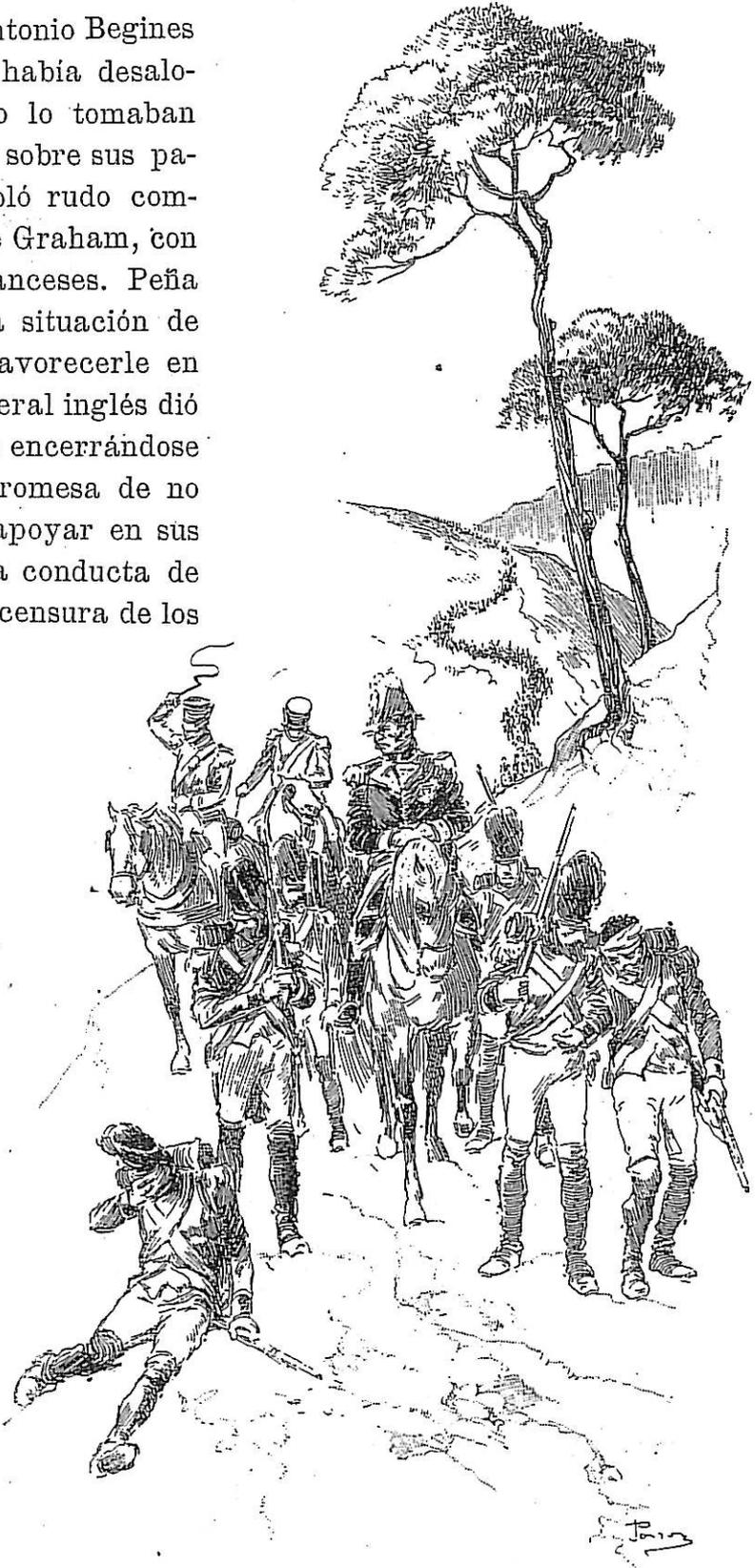
Las fuerzas de Ballesteros, que no pudieron evitar el avance de los franceses hacia Olivenza, se propusieron y consiguieron distraer y castigar al enemigo. Ballesteros fué nombrado por la Regencia comandante general del condado de Niebla y su división agregada al 4.º cuerpo de ejército. Derrotó á Gazán y Remond en Villanueva de los Castillejos, ocasionándoles considerables pérdidas. Se retiró á Sanlúcar de Guadiana, repasó el río, y, viendo que el enemigo encaminaba sus pasos hacia Badajoz, atacó á Fregenal el 16 de Febrero, cayó sobre el condado, hizo huir á Remond más allá del Río Tinto, de donde también le arrojó el 2 de Marzo, y habría llegado hasta Sevilla á no detenerle las malas noticias que recibió del desastre de nuestras armas en Badajoz.

Soult se había dirigido desde Olivenza á Badajoz y sitiado la plaza, defendida por 7,000 hombres y gobernada por el mariscal de campo don Rafael Menacho. A pesar del nutrido fuego de cañón del enemigo hicieron los sitiados una vigorosa salida el 30 de Enero. El 1.º de Febrero pedían los franceses la rendición de la plaza y Menacho la rechazaba. Mendizábal, que ya disponía de los refuerzos venidos de Portugal, entró en Badajoz con su infantería, gracias á una hábil maniobra de don Martín de la Carrera; una nueva salida de los sitiados nos costó muy cara, y Mendizábal abandonó á Badajoz, y se acantonó en la opuesta margen del Guadiana, apoyándose en el fuerte de San Cristóbal. Desoyendo á Wellington y confiando en la crecida del Guadiana y del Gévora, se creyó en posición inexpugnable y no tomó contra el enemigo precaución alguna. Soult, atacó primero el fuerte de Pardaleras y, habiendo descendido las aguas del Guadiana y del Gévora, los atravesaron las fuerzas enemigas, cayendo sobre las de Mendizá-

bal el día 19 de Febrero. Mandaba la caballería francesa Latour-Maubourg, la infantería Girard; dirigió el movimiento, como general en jefe, el mariscal Mortier. La impericia é incuria de Mendizábal nos costó muy cara: perdimos más de ochocientos hombres en la refriega y dejamos en poder del enemigo 4,000 prisioneros, incluso al general Viures, 20 cajas de municiones, 17 cañones y 5 banderas. Don Carlos de España se salvó en Campomayor; don Fernando Butrón y don Pablo Murillo, en Yelves. Tan desastrosa jornada, que apenas duró una hora, no acobardó á Menacho. Envalentonados los franceses, intimaron de nuevo la rendición de la plaza, y Menacho se negó hasta á recibir al parlamentario, y por si no fuesen bastante á resistir el empuje del enemigo los baluartes y los muros, mandó abrir zanjas en las calles, troneras en las casas, y así se proponía resistir dentro del casco de la ciudad. Muy cara habria costado á los franceses la toma de Badajoz si una bala de cañón no hubiese privado de la vida á Menacho el 4 de Marzo. Las Cortes, que acababan de censurar la conducta de Mendizábal, dedicaron á Menacho cumplido elogio. Se encargó del gobierno de Badajoz don José de Imaz que, contra el consejo de los técnicos y seguro de recibir considerables refuerzos de Portugal, por no ser ya preciso emplearlos contra Massena, rindió la plaza el 10 de Marzo, contando con una guarnición de cerca de 8,000 hombres, 170 piezas de artillería y abundantes municiones de boca y guerra. Cinco días después que Soult se posesionaba de Badajoz, perdimos además, Alburquerque y Valencia de Alcántara, que cayeron en poder de Latour-Maubourg y Campomayor en el de Mortier.

Así que Soult hubo tomado posesión de Badajoz se vió obligado á volver á Andalucía donde se habían desarrollado graves sucesos. A fines de Enero se había tratado de obligar á los franceses á abandonar el cerco de Cádiz y la Isla y aun á evacuar la plaza: se había dispuesto una expedición anglo-española, cuya vanguardia se confió al mando de don José de Lardizábal, el centro al Príncipe de Anglona y la retaguardia al general Graham. La expedición constaba de más de 11,000 hombres y 24 piezas; la dirigía don Manuel de la Peña. Empezó la marcha esta expedición el 28 de Febrero tomando el camino de Medinaceli por Casas Viejas; mas pronto varió de pensamiento el general en jefe, y frente á Casas Viejas tomó el camino de Chiclana y Santi-Petri por Vejer, con lo que quedó del todo desconcertado su primitivo plan y nulas sus instrucciones comunicadas á Zayas, que había quedado mandando la Isla y había recibido la orden de ejecutar movimientos en toda la línea, combinándolos con las fuerzas de mar, y la de construir un puente de barcas á la embocadura de Santi-Petri. El puente sirvió sólo para que los franceses sorprendiesen á los que lo guardaban y nos cogieran doscientos cincuenta prisioneros, pues, desconociéndose el rumbo de la expedición y habiendo faltado las señales convenidas, los esfuerzos de Zayas fueron completamente inútiles; los franceses, al mando del mariscal Víctor, se apercibieron del camino emprendido por la expedición y se fortificaron para destruirla. Contra las tres divisiones mandadas por Ruffin, Leval y Villatte se ava-

lanzó la vanguardia mandada por Lardizábal; con tal empuje, que las obligó á retroceder más allá del caño y estableció la comunicación con la Isla. Quiso Peña que se continuase la persecución del enemigo y encomendó á Graham la empresa haciéndole abandonar el cerro del Puerco, á cuyo cuidado dejó á don Antonio Begines con sus fuerzas. Pero, apenas había desalojado Graham el cerro, cuando lo tomaban los franceses y Graham volvía sobre sus pasos para recuperarlo. Se entabló rudo combate, que se decidió en favor de Graham, con grandes pérdidas para los franceses. Peña no se dió por entendido de la situación de Graham y no hizo nada por favorecerle en tan empeñada empresa. El general inglés dió muestras de gran resentimiento encerrándose en la Isla y haciendo formal promesa de no volver á hacer otra cosa que apoyar en sus movimientos á los españoles. La conducta de Peña no fué sólo objeto de la censura de los ingleses, sino también de la de los españoles. La Peña no se atrevió á emprender solo operación alguna y entró en Santi-Petri el día 7 de Marzo con todo su ejército. Hostilizado el mariscal Víctor también por mar, y desalojado del Puerto de Santa María y la Rota por don Cayetano Valdés, se situó en Puerto Real con las fuerzas de Cassagne. Organizó entonces la Peña una expedición al condado de Niebla, compuesta de 5,000 hombres y doscientos cincuenta jinetes, al mando de Zayas, al que habían de ayudar Ballesteros y Copons con sus fuerzas; pero, apenas llegó á Huelva, el día 28, la expedición, hubo de reembarcarse, con pérdida de casi todos los caballos.



Como se ha visto, Soult no fué en auxilio de Massena, y éste se vió abligado á abandonar primero sus posiciones de Santaren y por último el suelo portugués é internarse en España. Continuamente acosado por Wellington, con una enorme impedimenta, con un ejército completamente desmoralizado y hambriento, invirtió un mes en su famosa retirada, del 5 de Marzo al 5 de Abril. Se hacen grandes elogios de su pericia para dirigir esta maniobra, así como se describe con los más sombríos colores las atrocidades que en su camino cometieron sus insubordinadas tropas. No sólo sus soldados, los generales que tenía á sus órdenes, Reiner, Junot y Ney, le servían de mala gana, y Ney acabó por romper con él abiertamente, siendo substituido en el mando del 6.º cuerpo por Loisson. Una vez traspasada la frontera de Portugal con 45,000 hombres, los distribuyó entre Almeida, Ciudad Rodrigo, Zamora y Salamanca. En Salamanca convino con el mariscal Bessieres, recién nombrado por Napoleón general en jefe del Norte de España, futuras campañas.

No eran los planes de Massena entrar en España por Castilla la Vieja, sino por Extremadura. Se lo impidió Wellington, que no dejó de perseguirle desde el momento que observó sus preparativos de retirada en Santaren. Se dice, sin embargo, de Wellington, por las gentes entendidas en el arte militar, que no persiguió á Massena ni le hizo el daño que de sus facultades y de las fuerzas de que disponía se esperaba, atribuyendo algunos su circunspección al disgusto que recibió con la negativa de la Regencia á concederle el mando de las provincias limítrofes de Portugal; pero lo cierto es que una vez que Wellington abandonó su tan comentada prudencia, el 3 de Abril, para arrojar á Massena de la ciudad de Guarda, si lo consiguió, no fué sino tras empeñada lucha y sufriendo considerables pérdidas, á pesar de lo maltrecho del ejército francés, en retirada. Las pretensiones de Wellington no fueron desechadas sin meditación; fué de ellas intérprete, cerca de la Regencia, su hermano el embajador de Inglaterra, el Marqués de Wellesley; Blake las rechazó alegando la imposibilidad en que se encontraba de confiar á extranjeros la dirección de un movimiento popular. Insistió el embajador británico en sus pretensiones, amenazando con retirar á España la protección de su país; el asunto fué llevado á las Cortes y ante ellas sostuvo Blake, y sus compañeros Agar y Ciscar, los fundamentos de su negativa: la Nación se había movido por impulso propio y sin contar con el auxilio de nadie; porque le faltase el de los ingleses no había de desistir de su propósito.

Pero no sólo había perseguido Wellington á Massena arrojándole de Portugal, sino que había encomendado á Beresford, sucesor de Hill, socorrernos en Extremadura, ignorando los descalabros que ya habíamos sufrido en Badajoz, Olivenza y Campomayor. Beresford arrojó de Campomayor á los franceses el 25 de Marzo y el 15 de Abril de Olivenza, y fracasó una vez en su intento de atravesar el Guadiana por haberle destruído una tormenta el puente de barcas que al efecto había construído. Atravesó el Guadiana del 5 al 8 de Abril, transportando á su gente en balsas, y se puso en contacto con el entonces jefe militar de Extrema-

tura, don Francisco Javier Castaños, sucesor del Conde de la Romera, quien tenía á sus órdenes á los generales don Pablo Morillo, don Carlos de España y el Conde de Penne Villemur. Castaños había recuperado á Alburquerque y Valencia de Alcántara; los generales aliados se propusieron y consiguieron cortar las comunicaciones entre Badajoz y el entonces jefe del 5.º cuerpo del ejército francés que operaba en Extremadura, general Latour-Maubourg, sucesor del mariscal Mortier, arrojándole de Llerena y haciéndole retroceder á Guadalcanal. Wellington vino además el 22 de Abril á hacer un reconocimiento de Badajoz y aconsejó á Beresford el plan para su ataque. Unos días después, el 5 de Mayo, dirigía la batalla de Fuentes de Oñoro. Massena, junto con Bessieres, había conseguido reunir 40,000 hombres dispuestos para la pelea, y se propuso auxiliar la plaza de Almeida estrechamente bloqueada por Spencer. Wellington se propuso impedirlo y extendió sus 35,000 hombres entre el río Doscasas y el Turones, el fuerte de la Concepción, Alameda y Fuentes de Oñoro; le había de auxiliar en esta empresa don Julián Sánchez con su cuerpo franco. Los franceses atacaron con ímpetu la parte baja del pueblo de Fuentes de Oñoro y se apoderaron de ella; pero pronto fueron rechazados, tras reñida pelea, y franceses y aliados permanecieron donde se encontraban al comienzo de la batalla. Almeida quedó sin socorrer, que era lo que los aliados se proponían. Massena ordenó el abandono de Almeida y la voladura de sus fortalezas, lo que efectuó el 10 de Mayo el general Bruier que la guarnecía, y, abriéndose paso con sus 1,200 hombres entre los enemigos, fué á reunirse con el general Reynier en San Felices. Los generales Massena, Junot y Loisson fueron reemplazados. Massena entregó el mando al mariscal Marmont, Duque de Ragusa, el 10 de Mayo, y marchó inmediatamente á Francia.

Habían transcurrido veinte días desde el en que Wellington hizo el reconocimiento de Badajoz y confió á Beresford su ataque; había recomendado que se lo atacase en un plazo que no excediese de quince días, tiempo que calculó que podría tardar Soult en venir desde Cádiz en auxilio de la plaza. En efecto, Soult, luego de dictar disposiciones que amparasen á Cádiz y la Isla, de continuo amenazadas por el Marqués de Coupigny, sucesor de la Peña, fortificar las avenidas de Triana y la Cartuja, partió en dirección á Extremadura y el 13 de Mayo se unía al general Latour-Maubourg.



El mariscal Marmont.

En Extremadura habíamos acumulado buen contingente de fuerzas, al mando de don Francisco Ballesteros, don José de Yayal, don José de Lardizábal y don Casimiro Lor. Al frente de este ejército se puso el presidente de la Regencia, don Joaquín Blake, para lo que obtuvo un especial permiso de las Cortes, pues la ley prohibía á los regentes todo mando militar. Estaba además en Extremadura Beresford con sus tropas y las de los generales Castaños y Conde de España; en auxilio de todos corrió Wellington, quien no pudo pasar de Yelves por impedírsele una gran avenida del Guadiana. Beresford había sitiado á Badajoz con la ayuda del Conde de España y del general Castaños; costó el sitio de Badajoz innumerables víctimas, y á la llegada de Soult hubo de levantarlo, achacándose los infructuosos resultados de tan costosa empresa á la impericia de los ingenieros ingleses. En tan apurado trance envió Wellington unas instrucciones en virtud de las cuales se reunieron los aliados en número de 31,000 en los alrededores de Albuera. El 15 de Mayo se verificó el primer encuentro de las tropas enemigas y se entabló encarnizado combate que duró hasta la noche del 19; en él emplearon ambos contendientes todos los recursos de la guerra, y con tal arrojo se portaron los aliados que merecieron plácemes, no sólo de nuestras Cortes, sino también del Parlamento británico. La batalla se decidió en nuestro favor: los franceses hubieron de retirarse á Llerena, perseguidos hasta el último momento por las fuerzas de los aliados. Costó á los franceses este combate 8,000 bajas; á los aliados, cerca de 5,000. A la memoria de los héroes de aquella jornada se erigió más tarde un monumento en Albuera, que en aquellos días acordaron las Cortes. Recientemente ha sido restaurado.

Beresford pasó á Lisboa para organizar nuevas tropas. Hill, restablecido, se encargó del mando de las fuerzas británicas de Extremadura; don Pedro Agustín Girón, de las que mandaba don Carlos de España, herido en la batalla de Albuera. Hill y don Pedro Agustín Girón sitiaron de nuevo la plaza de Badajoz: dos veces intentaron asaltarla y las dos fueron rechazados. Además de las fuerzas de Soult, que estaban en Llerena, entraron en Extremadura las que mandaba el mariscal Marmont, sucesor de Massena; Wellington consideró inútil insistir por entonces en el sitio de Badajoz y ordenó que se lo levantase, retirándose, el 18 de Junio, á Yelves. Blake, no bien avenido con la superioridad de Wellington, caminó por el interior de Portugal, haciendo pasar á sus tropas y á los naturales del país no pocos sufrimientos. Tras un intento frustrado de apoderarse de la villa del condado de Niebla, regresó á Cádiz el 11 de Julio, á poco de entrar Soult en Sevilla de regreso de Badajoz. Se censura á Blake que no hubiese aprovechado la ausencia de Soult de Sevilla para acometer esta plaza en vez de hacér una infructuosa excursión por Portugal. Por si la guerra había hecho pocos destrozos en el vecino reino, se les ocurrió á unos soldados encender una hoguera en el campo; se propagó el fuego á unos matorrales, á las mieses y á muchos frutos casi secos, hasta muy cerca de Mérida; duró el incendio quince días, devorando casas, encinares, dehesas, todo cuanto encontró en su camino, y haciendo tantos estragos como los que hizo la guerra.

Massena, como hemos dicho, luego de entregar el mando al mariscal Marmont tomó el camino de Francia. Llevaba una escolta de 1,200 hombres, más de 1,000 prisioneros españoles é ingleses y un enorme convoy. Caminaba por la carretera de Francia, sin contar con que don Francisco Espoz y Mina, á la sazón en Navarra, observó su llegada y se internó sigilosamente en Alava; cuando el convoy atravesaba la sierra de Arlabán, el 25 de Mayo, cayó Mina sobre la retaguardia, entablándose un reñido combate en el que perdieron los franceses cuarenta oficiales y ochocientos soldados; cayó prisionero el coronel Laffite, recobramos los prisioneros y quedó en nuestro poder todo el convoy, tasado en cuatro millones de reales que se repartieron, mitad entre los aprehensores, mitad para la caja militar. Valió á Mina esta sorpresa sinceros plácemes.



Al internarse Marmont en Extremadura, abandonando Salamanca, nuestras tropas de Galicia y Asturias se corrieron hacia Castilla.

Mientras estuvo reconcentrada la atención en Extremadura, las mandaba Mahy, á cuyas inmediatas órdenes estaba don Francisco Javier Losada, y no habían hecho sino avanzar y retroceder, según se lo exigían los movimientos del enemigo; una sola vez, el 19 de Marzo, trabaron formal batalla con los franceses en las alturas de Puelo, cerca de Cangas de Tineo y sufrieron una espantosa derrota en la que salió herido el general Bárcena, y no fueron mayores sus consecuencias gracias al auxilio de Porlier *el Marquesito*. Substituyó á Mahy, don José Maria Santocildes, y se confió el mando en jefe de aquellas tropas á Castañón que las distribuyó entre Asturias, al mando de Losada, el Vierzo, á la entra-

da de Galicia, al de Taboada, y en la Puebla de Sanabria, al de don Francisco Cabrera. Santocildes con las fuerzas de Taboada y Cabrera pasó en 1.º de Junio á Castilla. Trece días después los franceses al mando de Bonnet, abandonaban Asturias, y la guarnición francesa de Astorga, luego de destruir sus fortificaciones, se retiraba á Benavente.

Santocildes entró en Astorga el 22 de Junio. Al siguiente día era atacado Taboada en Cogorderos, junto á la carretera de Astorga á Ponferrada, sobre el río Tuerto, por fuerzas de las que Bonnet llevó de Asturias á León y mandaba el general Willetaux. Ya se defendía bizarramente Taboada cuando vinieron en su socorro don Federico Castaños con su brigada asturiana, y el coronel don Pablo Mir, y juntos destrozaron al enemigo, contándose entre los muertos al propio Willetaux.

De muy distinto modo que los gallegos y los asturianos se condujeron los montañeses del país de Liebana; desde Potes, su capital, hostilizó de continuo á los franceses don Juan Díaz Porlier, reduciendo á la impotencia al ejército francés del Norte en que tanto confió Napoleón y puso al mando del mariscal Bessieres. Bessieres se fué á Francia, aburrido de la persecución de Porlier y temeroso de perder la reputación que en otras luchas había conquistado.

II

Toma del castillo de San Felipe por los franceses. — Disidencia de los tarraconenses. — Retirada de Macdonald á Lérida. — Campoverde ataca á Montjuich. — Macdonald vuelve á Barcelona é incendia á Manresa. — Toma del castillo y la ciudad de Figueras. — Capitulación de Eroles y Campoverde. — Sitio y toma de Tarragona por los franceses. — Toma de Montserrat. — Rendición del castillo de Figueras. — Situación de José. — Su viaje á Paris. — Promesas. — Regresa á España. — Primer plan frustrado.

Trasladémonos á Cataluña, toda en poder de los franceses, en los comienzos de 1811, excepto Tarragona. Suchet, luego de la toma de Tortosa, encomendó al general Habert la del castillo de San Felipe, en el Coll de Balaguer, la que sin grandes esfuerzos consiguió, el 8 de Enero, aprisionándonos más de cien hombres, entre ellos trece oficiales. Aseguró Tortosa, Teruel, Alcañiz, las márgenes y la embocadura del Ebro y el puerto de San Carlos de la Rápita. Se fué á Zaragoza, dejando á Macdonald preparando el asedio de Tarragona. Macdonald estaba muy animado confiando en las diferencias que reinaban entre los defensores de la plaza, idólatras los más de Campoverde y enemigos de Iranzo, sucesor de O'Donnell; para poner fin á estos disgustos se confió el mando interino de la ciudad amenazada á Campoverde, y Macdonald decidió irse á Lérida para mejor madurar sus planes; no lo hizo sin que don Pedro Sarsfield atacase á la brigada italiana del general Eugeni, que murió á consecuencia de las heridas recibidas en

este encuentro, y derrotase también á la que mandaba Palombini. No cesaron, sin embargo, las discordias entre los tarraconenses hasta que se dió á Campoverde el mando efectivo de la plaza, con detrimento de la autoridad de don Carlos O'Donnell, jefe superior de las fuerzas de Cataluña. No por eso se aunaron las voluntades en Tarragona: reunió Campoverde un Congreso catalán el 2 de Marzo y no consiguió con ello sino mantener, cuando no agravar, la discordia.

Macdonald en Lérida y Suchet en Aragón combatiendo las intrépidas partidas que capitaneaban don Pedro Villacampa, don Juan Martín *el Empecinado* y don Francisco Espoz y Mina, que desde Navarra hacía continuas incursiones á Aragón, partió Campoverde de Tarragona, con el grueso de sus fuerzas, en dirección á Barcelona, seguro, por confidencias, de tomar cuando menos el castillo de Montjuich. Maurice-Mathieu, gobernador de Barcelona, supo también, por confidencias, los propósitos de Campoverde, tomó sus medidas, castigó severamente á los comprometidos en la conspiración y recibió á balazos á las confiadas fuerzas de Campoverde que, convencidas del yerro, hubieron de retroceder á Tarragona.

La toma de Tarragona era por entonces la preocupación de Napoleón, y para mejor asegurarla, con ser mariscal y Duque de Tarento Macdonald, le redujo el mando á Barcelona y la parte septentrional de Cataluña, y á Suchet, sin ninguno de estos títulos, el de Cataluña meridional, y le confió el sitio y conquista de Tarragona, autorizándole para pedir las fuerzas que necesitase para esta empresa. Malhumorado Macdonald, abandonó á Lérida con una escolta de 10,000 hombres, que habían de regresar á Aragón; descargó su furia sobre Manresa, casi abandonada aún por muchos de sus pacíficos habitantes y, no teniendo contra quién emplear sus armas, la incendió, convirtiendo en cenizas más de 800 casas, templos, fábricas y hospitales, dando lugar á horrorosas escenas. Para mayor ignominia, se puso á contemplar su obra desde las montañas de la Culla. Estos actos de barbarie eran hijos del mal efecto que en Macdonald había producido la elevación de Suchet, con detrimento de su autoridad, en Cataluña; pero los manresanos no se los perdonaron. Sarsfield y el Barón de Eroles, que ya perseguían al enemigo redoblaron sus esfuerzos, le arremetieron con furor y arrollaron la retaguardia formada por la brigada de napolitanos de Palombini. Costó esta acción á los franceses 1,000 bajas. En ella se distinguió el coronel don José María Torrijos, más tarde uno de los mártires de la libertad española. Macdonald llegó al fin á Barcelona, no sin sufrir algún otro contratiempo de menor importancia, y su mermada escolta volvió á Aragón, al mando del general Harispe, no sin ser también molestada por los españoles que no daban cuartel al enemigo.

No tardó mucho Macdonald en necesitar de aquella escolta para combatirnos; pero no se la proporcionó ya Suchet, que deseaba obrar por cuenta propia y todas las fuerzas le eran necesarias para sus planes. Don Francisco Rovira, don Francisco Antonio Martínez y el Barón de Eroles, de acuerdo con el capitán español don José Casas, que había ganado á un servidor del guarda almacén del castillo

de San Fernando de Figueras, para apoderarse de una llave, fingieron dirigirse á Francia y, cuando más desprevenidos estaban los franceses, cambiaron de rumbo y sigilosamente se dirigieron con las armas ocultas á Figueras. Casas, con su llave, franqueó la entrada en el castillo y en él penetró con los suyos y penetraron Martínez y Rovira, juntándose unos 2,000 hombres que se desparramaron por



El Barón de Eroles.

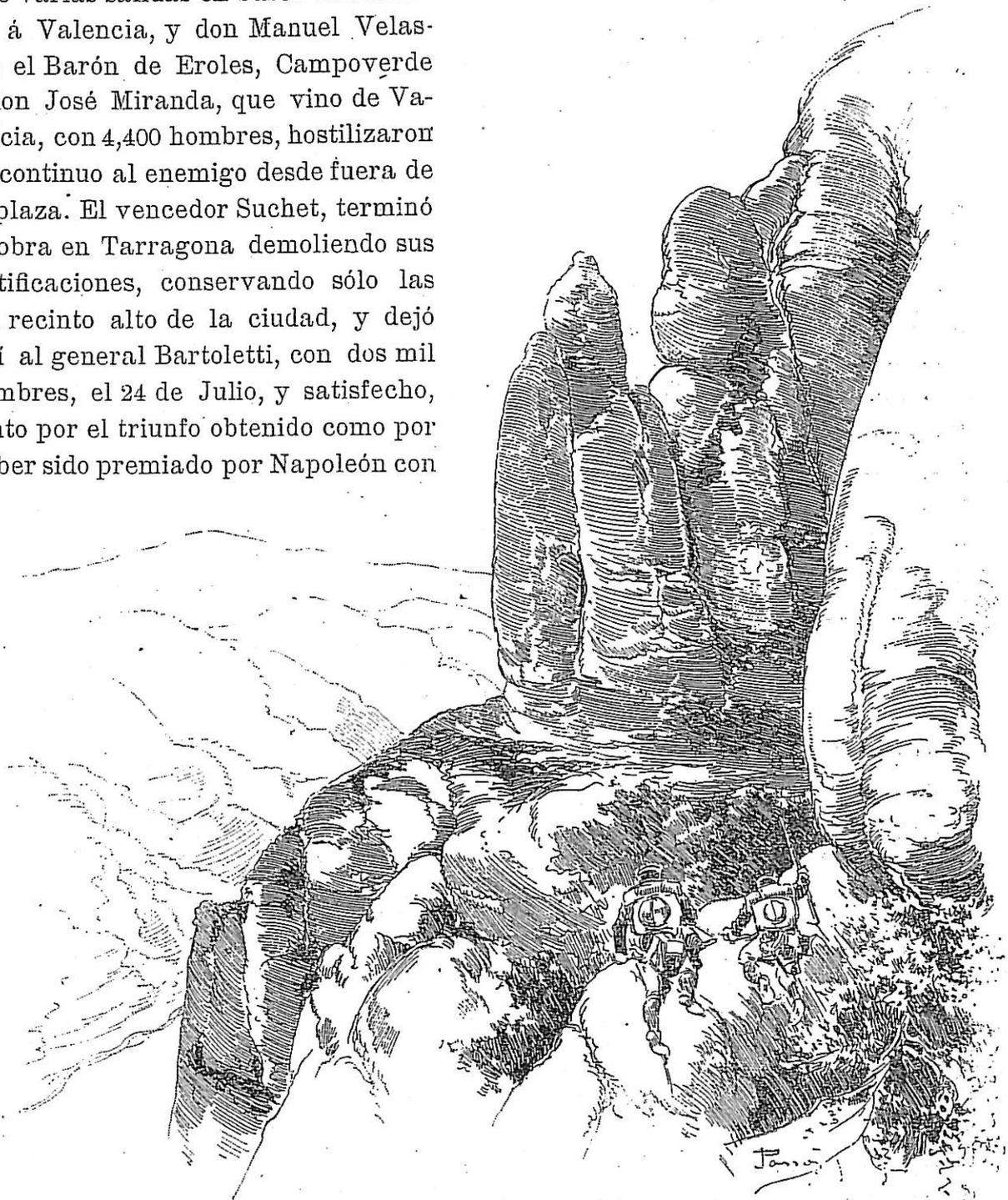
el castillo y sorprendieron dormida á la guarnición, á la que hicieron prisionera el 10 de Abril. Fácil fué luego al Barón de Eroles entrar en Figueras el 16, después de haberse apoderado el 12 de los fuertes de Olot y Castellfollit. No hay para qué decir el efecto que esta sorpresa causó á los franceses. Macdonald hubiera querido que se pusiese á su disposición todo el ejército invasor para recobrar á Figueras; pero hubo de servirse para ello de sus propias fuerzas.

Duró poco la satisfacción de los españoles por haber vengado de algún modo el incendio de Manresa. Campoverde acudió con pereza en socorro de Figueras y tuvo después la debilidad de caer en una celada que le tendieron los franceses mientras recibían refuerzos, en virtud de la cual capitularon el 4 de Mayo, Campoverde desde fuera y Eroles desde el interior de la plaza, para ser, así que les llega-

ron á los franceses refuerzos, víctimas de un nutrido fuego de artillería, costándonos más de 1,000 bajas entrar en el castillo un socorro de 1,500 hombres y el que luego fuese tan difícil salir de él como socorrerlo desde fuera.

Mientras tanto Suchet que tenía á sus órdenes 40,000 hombres, la mitad de los que dejó guarneciendo las riberas del Ebro, encomendando al general Comperé la defensa de Zaragoza y á Klopicki contener las incursiones de Mina, en la frontera de Navarra; se decidió con el resto al ataque de Tarragona, defendida por don Juan Caro, que no contaba para su defensa sino con 6,000 soldados y 1,500 voluntarios. Contaba Suchet para acometer su empresa con la valiosa ayuda del general Harispe y con Palombini, tantas veces castigado por los españoles. El 4 de Mayo, fuerzas al mando de Harispe, Palombini, Frere y Habert, acordonaban la plaza hasta el mar. Con todo, pudo entrar en Tarragona Campoverde, con diez mil hombres, encomendando á Sarsfield que hostilizara al enemigo desde fuera. Entablada la lucha, tras ruda batalla, perdimos el fuerte del Olivo, luego el de Francolí, después los de Canónigos, San Carlos y Real y, por último, la ciudad por completo. Dos meses duró casi, sin interrupción este empeñado combate, en el que sitiados y sitiadores agotaron todos los recursos de la guerra en el ataque

y en la defensa, contándose en uno y otro campo por millares las bajas; por millares se contaron también los indefensos habitantes que murieron á manos del enfurecido ejército vencedor. La escuadra inglesa, que llevó de Cádiz 1,220 hombres de refuerzo y no los desembarcó por considerarlo inútil, visto el estado de la plaza, hubo de levar anclas, pues también contra ella dirigió el enemigo sus cañones. La jornada fué terrible, personas imparciales dicen que Tarragona rayó en la temeridad en su defensa; en ella intervinieron don Juan Senén de Contreras, como gobernador de la plaza, que fué hecho prisionero; don Juan Caro, que hizo varias salidas en busca de refuerzos á Valencia, y don Manuel Velasco; el Barón de Eroles, Campoverde y don José Miranda, que vino de Valencia, con 4,400 hombres, hostilizaron de continuo al enemigo desde fuera de la plaza. El vencedor Suchet, terminó su obra en Tarragona demoliendo sus fortificaciones, conservando sólo las del recinto alto de la ciudad, y dejó allí al general Bartoletti, con dos mil hombres, el 24 de Julio, y satisfecho, tanto por el triunfo obtenido como por haber sido premiado por Napoleón con



el bastón de mariscal del imperio, se preparó para nuevas empresas. De los vencidos, Campoverde fué substituído por don Luis Lacy, el 9 de Julio. Miranda regresó á Valencia con sus tropas, no sin haber pasado grandes apuros antes de poder embarcarlas, el 8 de Julio, á bordo de la escuadra inglesa en Arenys^{de} Mar; Eroles pasó á defender á Montserrat; muchos de los soldados que habían escapado de la tragedia de Tarragona, desertaron para unirse á los somatenes. Hubo Lacy de reorganizar las fuerzas del Principado. Se discutió mucho, como de costumbre, la conducta de los vencidos.

Suchet tenía el encargo de Napoleón de emprender la conquista de Valencia; pero antes de regresar á Zaragoza, para prepararla, se dirigió el 25 de Julio hacia Montserrat, para desalojar de allí á Eroles que sólo disponía de 3,000 hombres, somatenes los más. Apoyado por Maurice-Mathieu, gobernador de Barcelona, hizo el general Abbe la primera acometida; pronto las tropas de Suchet, por él mismo dirigidas, generalizaban el ataque por diversos flancos de la montaña; atacando á nuestros artilleros por la espalda se apoderaban del convento, y por último de la posición, de la que arrojaron á los españoles. Los defensores de Montserrat hicieron cuanto sus escasas fuerzas les permitió por defenderla y pudieron salvarse muchos, con su jefe, gracias á lo muy bien que conocían el terreno en que luchaban.

Se dirigió luego Suchet á desalojar del castillo de Figueras á los españoles, que, con su gobernador Martínez, desde el mes de Mayo se habían allí resistido, respondiendo con firmeza á todas las intimaciones que se les habían hecho; pero aquella situación era insostenible; faltos de todo recurso como estaban al cabo de tres meses sin recibir ningún socorro y enteramente bloqueados, intentaron una salida abriéndose paso entre el enemigo, y en el más deplorable estado hubieron de rendirse el 19 de Agosto.

* * *

Continuaba en 1811 la situación del Rey José, la misma que en 1810.

En el mismo mes de Enero envió á Paris su edecán el coronel Clermont-Tonnerre, con cartas para Napoleón. Ni las contestó el Emperador, ni volvió el emisario á España.

Al mes siguiente se leía en el *Monitor* de Paris que, pasada en España la fiebre patriótica, pueblos de Aragón, del Centro, del Mediodía y del Norte de España, clamaban por su remisión al Imperio.

No era tranquilizadora en verdad la noticia, y lo era menos si se tiene en cuenta que al mismo tiempo recibía cartas de su esposa en que le manifestaba el desdén del Emperador, de quien apenas podía hacerse escuchar. Según estas cartas, Napoleón no aprobaba el pensamiento de la adquisición de la hacienda de Mortefontaine para el retiro de José; entendía que los intereses de España debían subordinarse á los del Imperio, y quería que, caso de decidirse José por

abandonar el Trono, lo declarara oficialmente por medio de su embajador en Madrid (1).

Por otra parte, la situación económica del Reino continuaba deplorable. La organización militar, ideada por Napoleón, permitía que cada gobernador se apoderase para el surtido de su distrito de cuantos granos podía, y José llegó, para abastecer el de su mando, hasta hacer recoger el trigo de las mismas eras y de las alhóndigas de los pueblos.

(1) «Es interesante, y sobremanera curiosa, dice el historiador Lafuente, la correspondencia que en este tiempo se siguió entre el Rey José y la Reina Julia su esposa, Napoleón su hermano, y su primo el general Berthier, Príncipe de Neufchâtel, porque nada puede retratar tan á lo vivo y con tanta verdad como estas cartas de familia la angustiada situación del Monarca intruso, su carácter y sentimientos, el comportamiento y las miras de Napoleón, y el modo como José juzgaba de si mismo y de la España.»

Y á continuación da á conocer los siguientes documentos:

JOSÉ Á LA REINA JULIA

Mi querida amiga (llamábala así siempre): He tenido muchas conferencias con M. Laforest, que me ha dicho con más respeto las mismas cosas que te han sido dichas á ti. He respondido como has respondido tú, que estaba autorizado á creer que se deseaba mi marcha, pues que se hacía mi existencia imposible aquí; que si yo estaba en un error y se desea que me quede, estoy pronto; si se desea que me vaya, también lo estoy. Que en llegando á Paris; presentaré yo mismo ó me haré preceder por el acta que se quiera. Te remito un modelo. En este caso ninguna condición: lo mejor es la retirada absoluta. En el caso de que sinceramente se quiera que me quede, haré todo lo que exijan la razón y el deseo de complacer á mi hermano, y el fin que debió proponerse al enviarme aquí. Pero debe tener entendido que nada indigno de mi puedo prometer ni ejecutar. Acaso conozco mejor lo que debo al Emperador y á la Francia en lo que á mi toca. Cualquiera que sea el partido que prefiera el Emperador, no hay que perder momento, porque aquí todo está en disolución. Si he de dejar este país, que sea sobre la marcha. Devuélveme el acta adjunta con las modificaciones que se exijan, si las hubiere. Si he de quedarme, prepárate á venir con mis hijos, y que te precedan pruebas de la estimación del Emperador, sin la cual no puedo permanecer aquí. Es menester excitar la opinión por medios diferentes que anuncien la estabilidad de mi existencia: tu llegada, la aceptación por parte del Emperador del orden aquí establecido, y algunos anticipos de dinero. Me limito á un millón mensual, hasta que pueda contar con la totalidad de las contribuciones de Andalucía, absorbidas hasta ahora por el ejército cuya presencia es necesaria delante de Cádiz, etc.

JOSÉ Á LA REINA JULIA

Mi querida amiga: Mi posición aquí empeora cada día de tal modo, que me he decidido á escribir la carta cuya copia acompaño. Tú puedes hablar de ella al Emperador: yo no puedo restablecer el orden con los oficiales que me han sido dados. — Si el Emperador acepta mi proposición, tendré más trabajo, pero espero resultados, y al menos gozaria del fruto de mis fatigas. Hoy me estoy desacreditando cada día más por la mala conducta de gentes que no puedo reprimir; prefiero, si es menester, exponer todos los días mi vida con tropas nuevas en un distrito en que el bien ó el mal fueran obra mía, que continuar en el estado de discordia, de humillaciones y de anarquía en que me encuentro entre mis ministros y los administradores franceses, el pueblo y el ejército, los insurgentes y los hombres que han tomado partido por mí. Todo sistema sencillo puedo yo llevarle á buen término; tengo esta confianza; pero no puedo lo imposible. Propongo, pues, en dos palabras, quedarme en las provincias del centro con las solas tropas y oficiales á mi servicio. No pido para esto al Emperador sino un anticipo de un millón mensual á contar desde 1.º de Enero. Un adelanto de dos ó tres millones me seria aún necesario para pagar una parte de los atrasos; pero, en fin, si tú tienes y el Emperador no puede anticiparme esta suma, ¿no podrias tú procurármela hipotecando todos los bienes raíces que dejarías en Francia? Que se me entregue á mis propios medios, si se quiere; no temo ninguna situación, pero no puedo estar más tiempo como estoy...

No era el sistema para crearse simpatías.

En vano intentaba el desventurado Monarca atraerse el amor de los españoles con otras medidas, como la de consentir bailes antes prohibidos y restablecer las corridas de toros, en tiempo de Godoy suprimidas: los españoles odiaban cada vez más al intruso.

Decidió José visitar personalmente á su hermano y, aprovechando el pretexto que le brindaba el haber dado á luz el 20 de Marzo la Emperatriz un niño, de

JOSE Á BERTHIER

Con profundo sentimiento he leído la carta de V. A. de 18 de Febrero... ¿Cómo V. A. puede pensar que un hombre que no tiene pan ni zapatos que dar á los que tienen la desgracia de servir á sus órdenes, puede emprender construcciones de medio millón de reales?... ¿Cuántas veces he de repetir que las tropas que me sirven no están ni pagadas ni vestidas hace ocho meses? Hace siete que las del Emperador no cobran sueldo: su subsistencia misma está hoy comprometida. Los proveedores acaban de ser afianzados con los objetos de valor que existen todavía en el palacio de Madrid, y yo he tenido que despojar la capilla de mi casa: este recurso nos proporcionará víveres para quince días.

Me veo forzado á guarnecer á Madrid con el menor número de tropas posible, por no poder mantenerlas; ellas viven en provincias, pero cuestan caras al tesoro, que no alimentan por muchas razones. Por otra parte, Ávila está agotada por los depósitos del ejército de Portugal; Extremadura, por el 5.º cuerpo y las guerrillas; Cuenca está arruinada... Segovia, esquilada por el ejército de Portugal, no da al Tesoro 200,000 reales mensuales; Guadalajara, bien ó mal, costea los dos regimientos Real-Extranjero é Irlandés; Toledo, vejada por las guerrillas y cruzada por los inmensos convoyes de Andalucía, apenas da 200,000 reales; la Mancha, teatro diario de combate de los cuerpos avanzados del ejército de Murcia, de las guerrillas de Extremadura y de la provincia misma, no envía á Madrid 600,000 reales; Madrid no tiene otro recurso que el producto de los derechos de puertas; estos derechos subían en otros tiempos hasta 160,000 reales diarios, hoy, por el poco consumo de los objetos de lujo, por el contrabando favorecido por los convoyes que van y vienen de Francia y de Andalucía, por la vecindad del Retiro, por la desmoralización general nacida de la falta de pagas á todos los empleados, este recurso está reducido hoy á cincuenta ó acaso á 40,000 reales diarios que hacen millón y medio al mes... He aquí ahora mis gastos: 12,000.000 de reales, reducido á lo imposible, y mi propio consumo á la quinta parte de mi lista civil: suponiendo que no gastase un sueldo para el ejército francés del centro, y que el orden se restableciese aquí, aún tendría más de un año de atrasos. Mazarredo y Campo-Alange han llegado al extremo de pedirme raciones para el sustento de sus familias, y he tenido que negarme, porque todos los empleados civiles habrían venido con la misma pretensión. Mi embajador en Rusia está en bancarrota, el de París ha muerto en la última miseria, y yo vine aquí en medio de los escombros de una vasta monarquía, que no se animan ni tienen voz sino para pedir pan á un desgraciado que se dice su Rey. Esta es mi posición. Vuestra Alteza y el Emperador juzguen si es justo que siga así mucho tiempo. Si hay un hombre que escriba de otro modo en Francia sobre mi situación, este hombre es de seguro ó un idiota ó un traidor. La mayor prueba de adhesión que he dado al Emperador y á este país, la mayor que pueda darles jamás, es mi resignación de hace un año; pero las cosas forzadas tienen un término, la justicia del Emperador las hará cesar, ó ellas cesarán por sí mismas de un modo que yo no preveo... etc.

JOSÉ Á LA REINA JULIA

Mi querida amiga: Estoy en cama con una fiebre catarral, que no inspira cuidado: te escribo esto por temor de que algún indiscreto te escriba y te alarme inoportunamente.—No he recibido todavía contestación á mis cartas de 10 y 14 de Febrero; si las respuestas son negativas, ó no llegaran, me veré obligado á ponerme en camino, y llevaré yo mismo mi firma en blanco. Debo decirte que mi salida de este país será aquí un suceso feliz para todo el mundo, á excepción de un reducidísimo número de amigos que no debo contar, no porque mi carácter personal haya merecido ni excitado tal manera de sentir, estoy lejos de pensarlo, sino por la inutilidad de mi presencia, por el peso de que estoy sirviendo, porque al fin, sea como quiera, estoy costando más de doscientos

que había de ser padrino el propio José, púsose desde luego en marcha (23 de Abril).

Hasta el 15 de Mayo no llegó José á París. Mostróse allí, desde sus primeras entrevistas con Napoleón, decidido y enérgico. No volvería á España mientras no revocara el Emperador las medidas que destruían la unidad é impedían la combinación de los movimientos militares y la regularidad de la administración.

Prometió Napoleón á su hermano que cesarian los gobiernos militares y le

tos mil francos mensuales, ciertamente más de lo que yo querría hoy para el bienestar de este país (hace tres meses que no se paga á mis empleados): todo debe tener un término, y este término ha llegado. Hace tres días ha faltado poco para que hubiera una insurrección por la subida del pan...

En este estado de cosas, yo merecería mi suerte, si voluntariamente lo prolongara. Anuncia pues al Emperador que partiré tan pronto como hayas recibido esta carta, si en este intermedio no me llega algún socorro. Mi estado, mi salud, me hacen desear una perfecta tranquilidad: espero y deseo más sinceramente de lo que afectarán creer algunas gentes, que el Emperador tenga pronto bastantes hijos varones para que nadie pueda atribuirme ni imaginar en mí ningún cálculo y ninguna hipótesis, y que vuelto á mí mismo pueda ocuparme de mis hijos. Vivir tan tranquilo, como agitado he vivido hace veinticinco años, y sobre todo hace seis, es lo único que pido al Emperador...

Va ocho días que no veo á nadie y declaro yo mismo mi perfecta inutilidad aquí, especialmente desde el *Monitor* del 26, que de hecho destruye en mí todo ejercicio del derecho real, pues que el sólo poder que le reconocía le niega: así estoy probando las angustias de la muerte política en este país. Sin embargo, no firmo mi cesión, porque esto no convendría al Emperador que lo hiciese aquí; y además no puedo, antes de dejar este país, declararme á mí mismo muerto, y asistir á mis propios funeralés. Llevaré conmigo un español ó dos, etc.

NAPOLEÓN Á JOSÉ

Hermano mío: me apresuro á anunciar á V. M. que la Emperatriz, mi muy cara esposa, acaba de dar felizmente á luz un Príncipe, que por su nacimiento ha recibido el título de Rey de Roma. Los sentimientos que V. M. me ha mostrado siempre me persuaden de que participará de la alegría que me hace experimentar un suceso tan interesante para mi familia y para la felicidad de mis pueblos... (Y en otra carta de la propia fecha, 20 de Marzo, le añadía lo que sigue). Esta tarde á las siete el Príncipe será *ondoyé* (bautizado sin las ceremonias de la Iglesia). Teniendo el proyecto de bautizarle dentro de seis semanas, encargo al general Conde Defrance, mi escudero, que os llevará esta carta, os entregue también otra rogándoos seáis el padrino de vuestro sobrino.

JOSÉ Á NAPOLEÓN

Hermano mío: ayer tarde á las seis he sabido por una carta del Príncipe de Neufchatel la nueva del nacimiento del Rey de Roma. No quiero diferir el felicitar á V. M., en tanto que puedo ofrecer personalmente mis homenajes á V. M. y á S. M. la Emperatriz por un suceso de tan gran interés para todos, y sobre todo para mí, etc...

JOSÉ Á NAPOLEÓN

En Santa María de Nieva, 25 de Abril.

Señor: Tengo la honra de participar á V. M. que yo contaba ponerme en camino el 23. Efectivamente, emprendí mi viaje ese día sin haber tenido todavía respuesta á las cartas que hace tres meses he escrito á V. M., á la Reina y al Príncipe Neufchatel. Lo he retardado cuanto he podido, pero la necesidad me ha hecho decidirme... Desde que estoy en marcha mi salud se restablece lejos de ese espectáculo siempre renaciente de miseria y de humillación que he tenido delante de los ojos hace un año en Madrid; yo he visto mi consideración decrecer como Rey, mi autoridad menospreciada por militares á mis órdenes, so pretexto de órdenes directas que reci-

pintó un risueño porvenir. Los ingleses ofrecían evacuar Portugal, si los franceses evacuaban España, y reconocer á José por Rey, si restablecía en el vecino reino á los Braganzas.

Napoleón ofreció además á José asistirle mensualmente con un millón de francos y le aconsejó que reuniese las Cortes del Reino.

Volvió esperanzado José á España, entrando nuevamente en Madrid el 15 de Julio.

Desde luego, puso José mano en lo de reunir las Cortes y encargó á sus consejeros los preparativos para la convocatoria. Quería José que las nuevas Cortes fuesen convocadas sobre bases más amplias que la de la Constitución de Bayona. A esas Cortes sometería José sus propios derechos y la forma de sucesión á la Corona de España.

Don Tomás de la Peña, canónigo de Burgos, pasó á Cádiz con el encargo de tantear el ánimo de la Regencia y de las Cortes. La Peña pudo convencerse pronto de la inutilidad del paso. El reconocimiento de José, como Rey de España, seguía siendo un imposible.

III

Valencia. — Suchet. — Blake. — Acción de Zújar. — Sitio de Sagunto. — Batalla de 25 de Octubre. — Capitulación del puente. — Preliminares del sitio de Valencia. — Salida frustrada. — Bombardeo de la ciudad. — Capitulación de Blake. — Entrada del vencedor. — Fusilamiento de cinco frailes. — El Duque de la Albufera.

Encargado Suchet por el Emperador de la conquista de la ciudad de Valencia y desconfiando las Cortes de las condiciones de mando del capitán general, Marqués del Palacio, designaron para combatir á Suchet al presidente de la Regencia, don Joaquín Blake. Hubieron para ello las Cortes, por segunda vez, de dispensar á Blake la ley que impedía conferir á los Regentes el mando activo de las armas.

El Marqués del Palacio conservaría la capitania general de Aragón y Valen-

bian de Paris. He debido temer que V. M. no se acordase ya de mi, y no he visto otro refugio que mi retiro... Yo estaria pronto á volver á España después de haber visto á V. M. y haberle manifestado muchas cosas que ignora y que le importa esencialmente saber. Estoy también pronto á deponer en manos de V. M. los derechos que me ha dado á la Corona de España, y V. M. puede desde este momento mirarla como propiedad suya bajo todos conceptos, si mi alejamiento de los negocios entraba en las miras de V. M. Pero yo no puedo volver aquí sino después de haber visto á V. M., y después que esté ilustrado sobre los hombres y sobre las cosas que han hecho mi existencia primero difícil, después humillante, y por último imposible, y me han colocado en la posición en que me hallo hoy. En fin, señor, en todo caso y evento yo mereceré la estimación de V. M., y no dependerá sino de vos; disponed del resto de mi vida, desde que haya visto lo bastante para convencerme de que conocéis el estado de mi alma y el de los negocios de este país, al cual no puedo volver sino en el lleno de vuestra confianza y de vuestra amistad, sin las cuales el sólo partido que me queda es la retirada más absoluta.

No dude nunca V. M. de mi afección y de mi tierna amistad.

cia, pero á las órdenes de Blake, á quien se dió el mando del 2.º y 3.º ejército, con las columnas que formaban las partidas agregadas á ellos y, además, dos divisiones expedicionarias, mandadas por los mariscales de campo Zayas y Lardizábal. Salió Blake de Cádiz el 31 de Julio. Llegó el 14 de Agosto á Valencia.

Contra las divisiones españolas del tercer ejército, mandadas por don Ambrosio de la Cuadra y don José de Zayas, esta última, por ausencia momentánea de Zayas, dirigida por don José O'Donnell, dispuso Soult que maniobraran á los generales Oudinot y Leval.

En las alturas de Zújar, á una legua de Baza, fueron el 9 de Agosto acometidos los españoles por Oudinot. Freire, que ocupaba la venta del Baúl, no acudió



VALENCIA — (De un grabado de la época).

en socorro de los nuestros. O'Donnell hubo de retirarse á Cúllar, después de perder cerca de 1,500 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados. A Cúllar pasó también entonces Freire, desde donde se retiró á Murcia. A consecuencia de esta desgraciada acción fué Freire substituído en el mando del tercer ejército por don Nicolás Mahy.

Ya en Valencia, Blake mejoró las fortificaciones de la ciudad, así como los castillos de Sagunto y Oropesa, revistó las tropas de Segorbe, estableció una fábrica de armas en Gandía y otra de vestuarios en Alcoy, organizó nuevas fuerzas é instruyó las antiguas. Nombró á don Juan Caro gobernador de Valencia.

En Murviedro estableció después su cuartel general Blake. Síntomas sediciosos le hicieron tornar pronto á la ciudad. Logró asegurar en seguida el orden.

Suchet se presentó el 15 de Septiembre en las inmediaciones de Valencia. Había dejado divisiones de 7,000 hombres en la baja Cataluña y en Aragón, al mando respectivo de Frere y de Meusnier, establecido grandes almacenes de víveres en Tortosa, Mequinenza y Morella, dejando en la primera el parque de

artillería de sitio y el material de ingenieros, é hizo venir de Navarra la división de Reille.

Al presentarse cerca de Valencia, llevaba Suchet 22,000 hombres, en tres divisiones, que mandaban Habert, Harispe y Palombini.

Llamó Blake las tropas que estaban hacia Teruel, hizo apresurar la marcha de las dos divisiones expedicionarias, á la sazón en Murcia, y obligó á trasladarse de Valencia á Alcira á la Junta, acompañada, también de orden suya, por el Marqués del Palacio.

Contra el fuerte de Sagunto se dirigió en primer término Suchet. Gobernaba el fuerte, de reciente construcción no terminada aún, el coronel don Luis María Andriani, que contaba con cerca de 3,000 hombres, en su mayoría reclutas: diez y siete piezas, tres de á 12 y las demás de menor calibre y tres obuses.

Apoderóse Suchet, sin dificultad mayor, de Murviedro y de los pueblos inmediatos á Sagunto, logrando así incomunicar la guarnición con el ejército. En la noche del 28 dispuso el asalto del fuerte por cinco puntos. Aunque lo acometieron con arrojo, fueron los franceses rechazados victoriosamente por los nuestros, costándole á Suchet aquel intento trescientos hombres, entre ellos no pocos oficiales.

Andriani fué por este hecho de armas ascendido á brigadier.

Aleccionado por ésta para él dolorosa experiencia, se propuso Suchet acometer el sitio en toda regla é hizo transportar desde Tortosa la artillería que propia para el caso había dejado allí.

Molestaban entretanto al enemigo las columnas de Obispo y de O'Donnell. Las partidas de Soria y Guadalajara rendían por la parte de Aragón la guarnición de Calatayud.

Convenía á Suchet dejar completamente expedita la carretera que desde Tortosa había de recorrer la artillería de sitio. Hizo batir en brecha el castillo de Oropesa, sobre el camino real de Cataluña, que cayó pronto en poder de los franceses con los ciento cincuenta españoles que lo guarnecían.

El vecino fuerte, llamado de Torre del Rey, construído sobre la costa, fué por los nuestros abandonado; tan difícil era que se resistieran.

Intentó en esto D'Armagnac acudir á Valencia; pero, apercebido Blake, avisó á Freire y Mahy, y con 6,000 hombres pudo impedir la maniobra de D'Armagnac.

El 18 de Octubre, se repitió el asalto contra Sagunto. Dos intentos seguidos costaron á los franceses quinientos muertos. Sin embargo, el triunfo era á la larga suyo, ya que el cansancio y, lo que es peor, la escasez de artículos indispensables, había de hacer punto menos que imposible la defensa de los nuestros.

A socorrerlos acudió Blake con cerca de 25,000 hombres. Inútil determinación, porque fué su ejército derrotado, perdiendo 12 cañones y, lo que fué peor, sobre 1,000 hombres entre muertos y heridos, y 4,000 entre prisioneros y extraviados.

Los franceses confesaron una pérdida de setecientos hombres.

Excúsannos estos datos de toda otra observación para demostrar la importan-

cia de la batalla de 25 de Octubre de 1811, para nosotros, sobre todo, infausta.

Como es natural, se apresuró Suchet á aprovechar la victoria é intimó la rendición de Sagunto. Suchet quería que resistiese aún é hizo enarbolar en la torre del Miguelete, en Valencia, la bandera anunciadora de pronto socorro y despachó, además, prácticos con cartas para Andriani. La cerrazón hizo invisible la bandera, y la vigilancia del enemigo imposibles los buenos oficios de los prácticos.

Invitado Andriani por Suchet á enviar al campo enemigo oficiales de su confianza que le informaran de la derrota del ejército español, envió al capitán de artillería don Joaquín de Miguel, que habló con los generales prisioneros Caro y Loy.

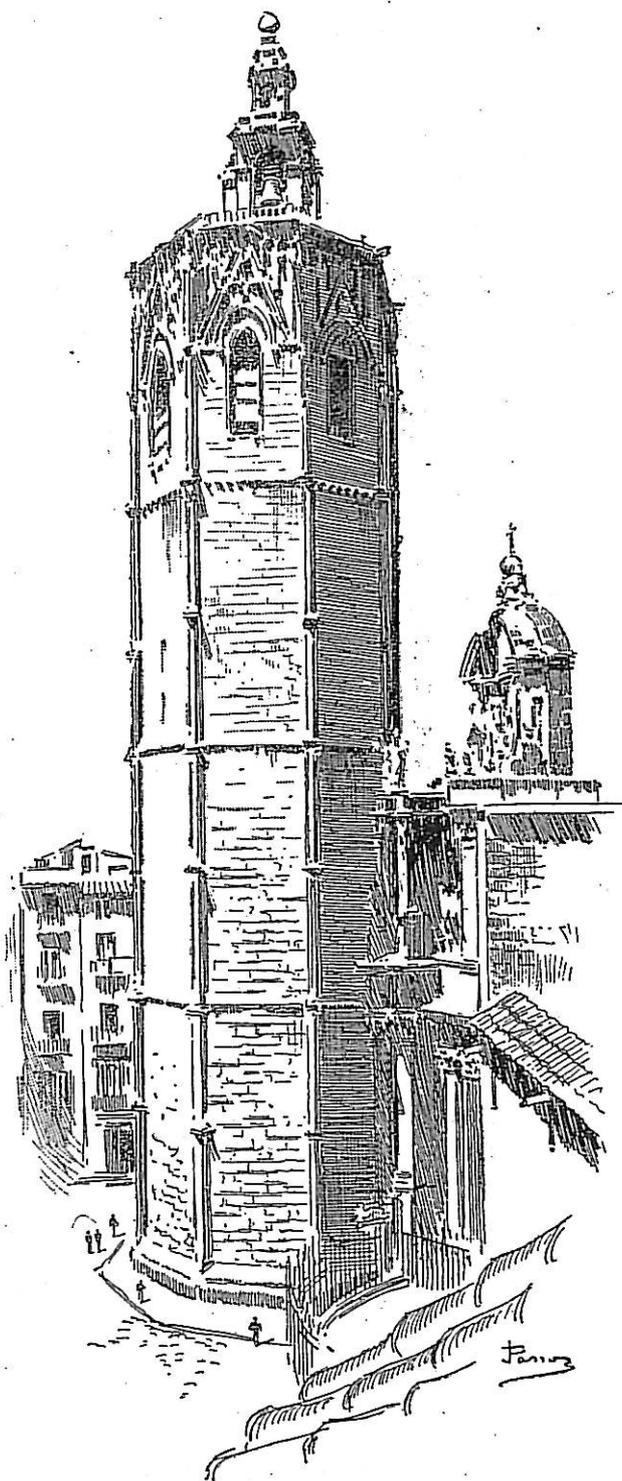
Una hora dió Suchet á Andriani para aceptar la honrosa capitulación que le propuso. Aceptada en reunión de jefes y oficiales, salió la guarnición del fuerte con los honores de la guerra. Andriani fué objeto de grandes distinciones por parte de los generales enemigos.

Aprestóse Suchet, después de este triunfo, al ataque de Valencia.

Habíanse en ella realizado no pocas obras de fortificación.

Nombró Blake gobernador de la plaza á don Carlos O'Donnell y, después de excitar á salir de la ciudad á los que no podían tomar en la defensa parte activa, hizo atrincherar el paso del río y se situó con su ejército sobre la derecha del Guadalaviar. A la izquierda se había colocado Suchet.

Blake distribuyó sus tropas del siguiente modo: Mahy, con tres divisiones y la mayor parte de la caballería, en Manises, Cuarte y Mislata. De las tropas que debían quedar en Valencia, la 1.^a división del 2.^o ejército se colocó en el monte Olivet; parte de la 3.^a división del mismo, con la vanguardia expedicionaria y alguna caballería, en Ruzafe; la 4.^a división expedicionaria, en el arrabal de Cuarte con orden de auxiliar á Mahy, si era atacado; la reserva del segundo ejército, dentro de la ciudad; el cuartel



El « Miguelete ».

general quedó establecido en el convento extramuros del Remedio. Todas estas fuerzas apenas llegaban á 22,000 hombres, y su situación, en tanto permaneciesen atrincheradas, era ventajosa, por lo que Blake, obrando prudentemente, no se decidió á tomar la ofensiva. El general francés, por su parte, tampoco se resolvió á librar la batalla, temeroso de un contratiempo.

Avisado el general D'Armagnac de la inacción forzosa de los suyos, movióse en su auxilio, y con las guarniciones que había recogido de la Mancha, avanzó por Utiel y Requena. Blake, al conocer este movimiento, mandó á Freire que desde Murcia se dirigiese al río Cabrial, y á Zayas que saliera de Valencia para detener la marcha de aquel auxiliar de los sitiadores. Desconcertóse D'Armagnac con la ejecución de estas medidas que trastornaron sus planes, y Zayas regresó á Valencia.

Blake estaba inquieto porque no recibía del Gobierno los refuerzos con tanta insistencia pedidos, y las milicias del país, que se incorporaron á sus filas, hubo de licenciarlas á causa de carecer de armas y de organización militar. Además, se vió en la necesidad de dar al Conde del Montijo 1,200 hombres á fin de que pasara á Aragón para reclutar quintos y llamar por aquel reino la atención de los franceses, quienes veían con júbilo las desavenencias de nuestros caudillos en tan importante región, desavenencias que originaron se retirase Mina á Navarra y obrasen separadamente Mina y *el Empecinado*.

Napoleón tenía puesta su mirada en Valencia, comprendiendo la importancia de la conquista de una ciudad de primer orden, que le haría progresar en España é impondría respeto á la coalición del Norte de Europa. Para reforzar á Suchet, dispuso que se le uniesen la división de Severoli, procedente de Aragón, y la de Reille, de Navarra, componiendo entre las dos una fuerza de 14,000 hombres, y calculando que este movimiento de tropas produciría otro en favor de la ciudad sitiada, para distraer la atención de los españoles, ordenó á D'Armagnac que amagase por Cuenca y á Marmont que enviara una fuerte columna á Murcia atravesando la Mancha.

El 25 de Diciembre se unieron á Suchet las divisiones de Severoli y Reille, y el mermado ejército de Blake no podía ya resistir el empuje de los 35,000 soldados aguerridos que tenía enfrente.

En la mañana del 26 recibió el general español una comunicación de Mahy indicándole la conveniencia de abandonar los atrincheramientos de San Onofre, Manises y Cuarte. El enemigo había aprovechado la noche del 25 para tender tres puentes sobre el río, pasándolo en las primeras horas de la mañana siguiente y acometiendo el extremo de nuestra izquierda el general Harispe. Resistió valientemente el choque la caballería mandada por don Martín de la Carrera; pero, vencida por el número, vióse obligada á retirarse en dirección de Alcira. Simultáneamente acometió el general Musnier á Mahy en San Onofre y Manises, haciéndole abandonar sus posiciones y persiguiéndole hasta que le vió dirigirse á Chirivella.

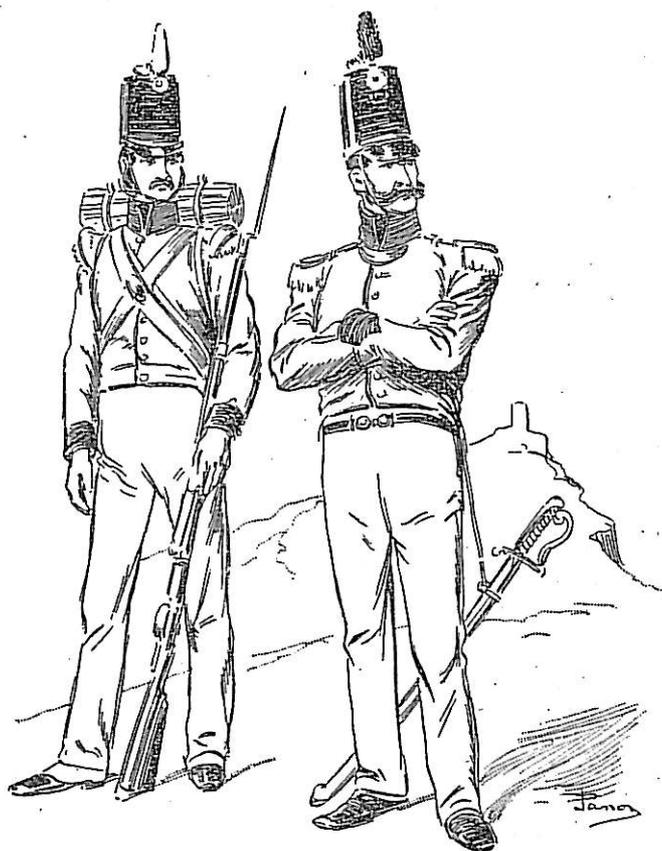
Zayas fué más afortunado en Mislata, logrando derrotar á Palombini; pero su esfuerzo resultaba estéril ante el avance del enemigo. Este, fraccionando las columnas de ataque, era dueño ya de Cuarte, Manises y San Onofre, se adelantaba por el camino de Catarroja y perseguía á Mahy, obligándole á salir de Chirivella para dirigirse á las riberas del Júcar. En la confusión producida por el choque de los combatientes, estuvo á punto de caer prisionero Suchet con su escolta.

Blake no se desconcertó, sin embargo, ante aquellos sucesos que le privaban de una buena parte de su ejército, y decidióse á recogerse en Valencia con las tropas de Mislata. Así lo hizo apresuradamente, y con las divisiones de Zayas, Miranda y Lardizábal ocupó los atrincheros exteriores de la ciudad.

Cuando supo Suchet que Blake se hallaba encerrado en Valencia, formó el decidido empeño de apoderarse de su persona y mandó acordonar la población, realizándolo el general Habert por la derecha del Guadalaviar, mientras los demás generales lo hacían por la parte del campo.

Reunió Blake á los jefes y oficiales superiores para acordar una determinación, y púsoles de manifiesto lo crítico de las circunstancias. Todos convinieron en que las fortificaciones de Valencia eran insuficientes para sostener y resistir un sitio, y á propuesta del general acordaron, con el voto en contra del general Miranda, abrirse paso al través del enemigo y salir al efecto lo más pronto posible. Suspendióse la salida hasta conocer bien las posiciones de los franceses; pero reconociendo que no podía diferirse por mucho tiempo. A pesar de este acuerdo, no se consiguió llegar á ponerlo en práctica hasta la noche del 28, designada por Blake para realizar sus planes. El día citado racionó y municionó la tropa expedicionaria; señaló á cada división el orden de marcha y encomendó á O'Donnell el mando de Valencia, donde había de quedarse para defenderla y obtener una capitulación honrosa en el caso de evacuarla. Adoptó toda suerte de medidas para que no se malograra su empresa, y se dispuso á ejecutarla.

Mientras tanto, los franceses habían establecido sus principales campamentos en el camino de Madrid y en los de Mislata y Albufera, llegando á cortar las avenidas y algunas calles de los arrabales. La vigilancia era grande, pues se temía alguna sorpresa, ya que los sitiados, sin esperanza de auxilio y sin poder



Ejército Español. — Infantería de línea.
Granadero. Oficial. 1812.

defenderse con buen éxito dentro de los muros de la ciudad, algo intentarían, aunque fuese á la desesperada.

A las doce de la noche del 28, Blake, á caballo, rodeado de su Estado mayor, cerca del baluarte de Santa Catalina, dió la orden de marcha, y por la puerta y puente inmediato de San José, camino de Burjasot, en dirección á Cuenca, donde se hallaban Freire y Bassecourt, comenzó á moverse la división de vanguardia mandada por Lardizábal. Al frente de ella iba el intrépido brigadier Michelena; traspuso el puente sin peligro, pasó por entre los centinelas franceses que tomaron á él y á los que le seguían por gente suya, y hasta que estuvo en Beniferri no fué descubierto. Logró salvarse, llegando á Liria ileso con cuatrocientos hombres, después de sufrir infinitas descargas de fusilería. Lardizábal, menos animoso, no marchó con la celeridad que el caso requería, y sus vacilaciones hicieron titubear á la tropa, que se detuvo en el puente, teniendo que repasarlo precipitadamente ante el fuego del enemigo. Frustrado el plan, Blake ordenó que las tropas ocupasen otra vez sus atrincheramientos, sin perder la esperanza de repetir la salida en otra ocasión más favorable.

Síntomas de gran inquietud se manifestaron á la mañana siguiente en la población; los habitantes de ella comenzaron á manifestar desconfianza del ejército y de su caudillo, y no faltaron oradores en las calles y plazas que creyeron posible la defensa encomendada sólo á los paisanos. Llegaron á proponer que el pueblo en masa saliese á combatir con los sitiadores, y consiguieron que uná Junta popular quisiera asumir el mando, comenzando por reconocer los cañones, examinar los servicios de la tropa é imponerse al general en jefe. Estas disidencias enervaban el ánimo de los soldados y contribuían á hacer más difícil la situación de Valencia.

En tanto, Suchet estrechaba el cerco y preparaba el ataque, iniciándolo en la mañana del 2 de Enero (1812) contra el monte Olivet, el frente de Cuarte y el arrabal de San Vicente. Sostúvose el fuego con cortos intervalos por ambas partes durante tres días consecutivos, y Blake hubo de retirarse al recinto de la ciudad con pérdida de algunos cañones. Los franceses se apoderaron de los puestos abandonados y el bombardeo siguió con verdadera furia contra la ciudad, causando gran destrozo de edificios y no pocas víctimas en las calles. La defensa quedaba reducida al antiguo muro, y entonces diferentes comisiones de vecinos suplicaron á Blake que capitulara. Él, que había rechazado una propuesta de rendición hecha por Suchet el día 6, viendo la esterilidad de una resistencia sin objeto alguno y privado de medios para evitar á la población su ruina completa si prolongaba el combate, envió el 8 varios parlamentarios al campamento enemigo. Imponía la condición, al abandonar la ciudad, de llevarse todo su ejército con armas y bagajes; pero fué rechazada. Blake reunió á los generales y jefes superiores y tratóse de lo que había de hacerse; los pareceres se dividieron; la mitad de los reunidos optó por resistir á todo trance, y la otra mitad por aceptar la capitulación. Del voto de Blake, como presidente, dependía el acuerdo deci-

sivo. No vaciló aquel esforzado guerrero; entre el sacrificio de Valencia y el de su amor propio, optó por este último. ¡Ejemplo digno de ser imitado por cuantos se encuentren en iguales circunstancias!

La capitulación se firmó el día 9, suscribiéndola en primer término los generales Zayas y Saint-Cyr-Nugues, encargados, respectivamente, por Blake y Suchet. En la tarde del mismo día, conforme á lo estipulado, ocuparon los franceses la ciudadela y el barrio del Remedio. A las siete de la mañana siguiente se envió á Alcira una columna de 1,640 hombres, que habian de canjearse por otros tantos franceses, y una hora después el resto del ejército depuso las armas. Incluso los enfermos y quintos sin instruir, eran 16,141 soldados, si bien útiles para la defensa no llegaban á 14,000. Los mandaban cuatro generales, cinco brigadieres, noventa y tres jefes, ciento noventa y ocho capitanes y quinientos sesenta y ocho subalternos.

Blake comunicó lo sucedido á la Regencia, en estos términos: «Aunque la pérdida de Valencia ha sido prevista y anunciada hace mucho tiempo, me es imposible tomar la pluma para dar parte de ella á V. A., sin experimentar el más profundo dolor. Se debió esperar y se esperaba en efecto este funesto acontecimiento, luego que cayó en manos de los enemigos la plaza de Tarragona.» Refería el sitio de Sagunto y todo lo acontecido hasta la rendición de la ciudad y terminaba así: «Yo espero que V. A. tendrá á bien ratificar el canje convenido de los prisioneros y enviar en consecuencia las órdenes á Mallorca. Por lo que á mí toca, considero el canje de los oficiales de mi grado sumamente lejano; me creo condenado á la cautividad por el resto de mi vida, y miro el momento de mi expatriación como el de mi muerte; pero si mis servicios han sido agradables á la Patria, y si hasta este momento no he dejado de contraer méritos por ella, suplico encarecidamente á V. A. se digne tomar bajo su protección mi numerosa familia.»

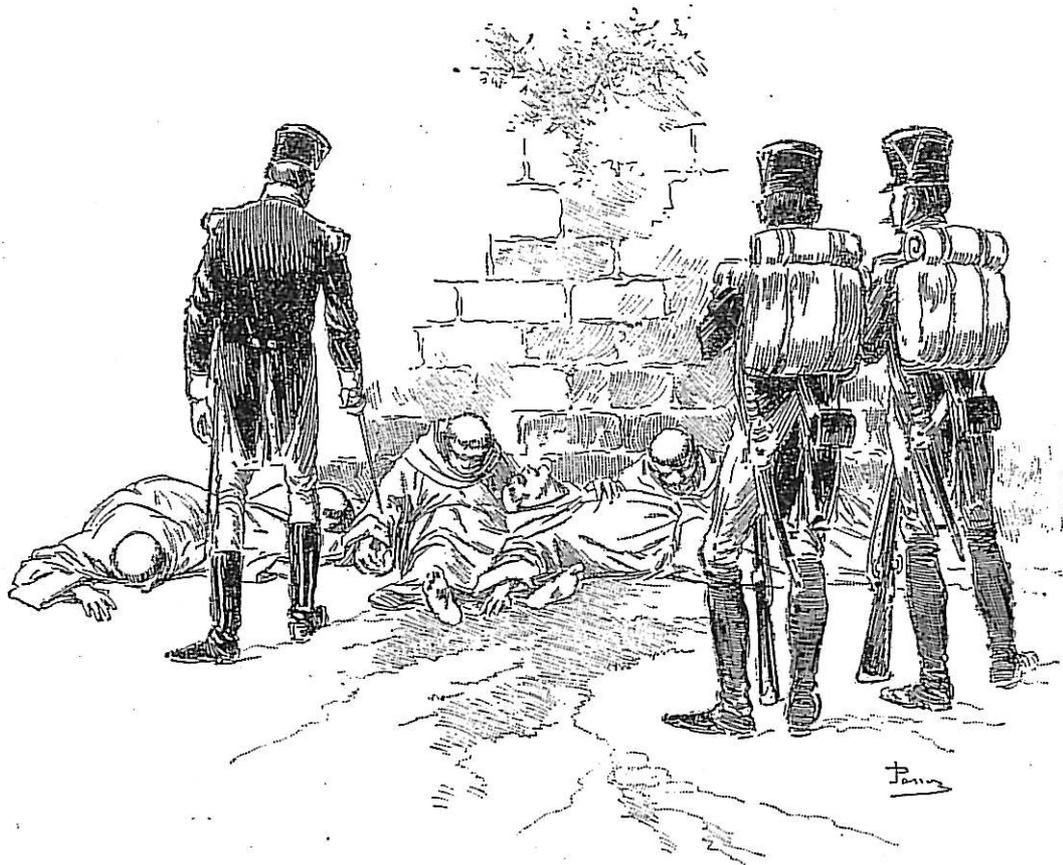
El infortunado general fué muy bien acogido por Suchet, que hizo justicia á su valor. Condujéronle con los demás prisioneros á Francia y le destinaron al castillo de Vincennes, inmediato á París. Allí permaneció dos años en absoluta incomunicación, privado de recibir noticias de su patria y hasta de su familia.

Los historiadores han juzgado á Blake con distintos criterios. Hay quien le ha atribuído todas las desgracias que sobrevinieron durante la guerra, apurando los calificativos desfavorables para un general en jefe, censurándole de tibio, lento, irresoluto, desacertado en unas disposiciones, desatentado en otras, imprevisor y aferrado en su parecer. No falta en cambio quien, además de reconocerle virtudes privadas, se las reconoce cívicas no comunes, aún en aquella época de civismo, y de que pocos dieron tantos y tan sublimes ejemplos, por cuanto le elevaron al más elevado puesto de la Nación, al de presidente de la Regencia. Hay, por último, quien hablando de sus prendas militares las ensalza, asegurando que era un jefe de inteligencia y de prestigio para la dirección de un ejército en las circunstancias y en las empresas más difíciles, como lo prueba el haberse

dispensado hasta por dos veces la ley que hacía incompatible el mando activo de las tropas con el cargo de Regente.

Es cierto que la suerte no acompañó á este caudillo de nuestra independencia, pero tampoco debe negársele su buen deseo, unido á su intrepidez, así como la serenidad del juicio que demostró en Valencia cuando, comprendiendo que iba á ser arrasada y á perecer con ella millares de hombres sin provecho alguno para la causa que defendía, á pesar de los requerimientos y amenazas de algunos fanáticos, firmó la capitulación impuesta por Suchet. Este hecho ha de enaltecerle siempre, porque revelaba en él sentimientos humanitarios.

El vencedor hizo su entrada pública en Valencia pocos días después de la marcha de Blake. Refiere Boix la vergonzosa escena ocurrida al presentarse á



aquél una comisión numerosa, compuesta de personas principales de la población, y dirigirle una arenga concebida en términos por todo extremo bajos y serviles. Principiaba así: « General conquistador, bien venido; la ciudad más rica y opulenta de España, dolorida, quebrantada y moribunda, estaba esperando este feliz y afortunado día. Entrad en ella, excelso Conde, y dadle vida... etc. » Esta innoble conducta fué seguida por el clero secular, dándole ejemplo en adular á los franceses el arzobispo Company, que durante el sitio había permanecido oculto en Gandía y cuando supo la toma de Valencia apresuróse á volver á la ciudad para recibir instrucciones de sus nuevos amos.

El clero regular, que se había distinguido por su odio á los invasores, no siguió

este comportamiento, y como supiese Suchet que los frailes habían instigado al pueblo valenciano contra sus tropas, prendió á cuantos pudo haber de todas las órdenes religiosas, reuniendo un total de 1,500. Entre bayonetas se les condujo á Murviedro, donde fueron arcabuceados cinco delante de las paredes del convento de San Francisco. Los restantes entraron en Francia como prisioneros de guerra.

La conquista de Valencia valió á Suchet el título de Duque de la Albufera y la propiedad de la laguna del mismo nombre, con más cuantiosas rentas, que igualmente concedió Napoleón á sus soldados, sacadas de las fincas de aquella provincia. Con esto despojaba de sus bienes á los vencidos y de su soberanía al Rey José.

IV

La guerra en Cataluña. — Lacy. — El Barón de Eroles. — Incursión en Francia — Aragón. — *El Empecinado* y Durán. — Mina en Aragón. — Vuelve á Navarra. — Su decreto de 24 de Octubre. — Wellington sobre Ciudad-Rodrigo. — Captura del gobernador de esta plaza. — Derrota de Girard en Arroyo. — Molinos. — Suicidio del general Oudinot. — Crítica situación de José I.

Convertida como estaba la Península en un campo de batalla y resueltos los patriotas á no cejar en su empeño de resistir tenazmente á los invasores, el resultado de la lucha variaba constantemente. Una provincia que se creía dominada por haber ocupado los últimos sus más importantes poblaciones, resultaba de improviso en armas otra vez, y á ello contribuían con su movilidad los incansables caudillos de la causa del pueblo que no se daban punto de reposo para molestar al enemigo.

Uno de ellos era Lacy. Llevaba de segundo al enérgico Barón de Eroles y entre los dos reanimaron el espíritu público en Cataluña durante los últimos meses de 1811. Aquél reconquistó las islas Medas, sitas en la embocadura del Ter, á las que puso el nombre de islas *de la Restauración*, fortificándolas convenientemente. En Igualada atacó á los franceses causándoles una pérdida de doscientos hombres, y más tarde, el 5 de Diciembre, en las alturas de la Garriga derrotó al general Decaen, desorganizando el cuerpo que éste mandaba, compuesto de 5,000 infantes, cuatrocientos jinetes y cuatro piezas, y obligándole á evacuar la comarca de Vich.

El Barón de Eroles, siguiendo las instrucciones de su jefe, sorprendió un convoy que iba á Cervera y se apoderó de esta ciudad, obligando á rendirse á más de seiscientos franceses atrincherados en la Universidad. De allí pasó á Bellpuig el 14 de Octubre, entregándosele la guarnición, y corriéndose al Norte del Principado organizó la incursión que hizo en Francia el gobernador de la Seo de Urgell don Manuel Fernández Villamil. Al frente éste de una columna de soldados y

paisanos pasó la frontera, incendió algunos pueblos y regresó al punto de partida trayendo prisioneros y el importe de las contribuciones que había exigido.

Desconcertados los franceses, fueron abandonando los puntos donde no contaban con fortificaciones que les librasen de estas acometidas, entre ellos Montse-



rrat, cuyo monasterio quemaron, y refugiáronse en Barcelona. Mientras tanto se organizaban los cuerpos francos y los somatenes bajo la inteligente dirección de Lacy, consiguiendo que la jurisdicción del enemigo no alcánzase más allá de las ciudades y plazas donde tenía guarniciones numerosas.

Favorable igualmente era para nosotros el éxito de la campaña que hacían en Aragón *el Empecinado*, Durán, Tabuena, Amor y otros jefes, logrando algunos de ellos reunir bajo su mando fuerzas importantes en número. Las subdividían en pequeñas columnas, según lo aconsejaban las necesidades de la guerra, y volvían

á concentrarlas cuando daban golpes atrevidos, como el de hacer prisioneras á las guarniciones de Calatayud y la Almunia, hechos realizados, respectivamente, el 4 de Octubre y el 6 de Noviembre. Ordenóse á Durán y á *el Empecinado* que pasasen á la provincia de Guadalajara para operar con el Conde del Montijo, y el gobernador de Zaragoza, general Musnier, creyó verse libre de los riesgos que corría en el territorio confiado á su defensa, al abandonarlo aquellos temibles guerrilleros.

Surgió lo inesperado. Mina, al que acosaban en Navarra 12,000 hombres destinados exclusivamente á capturarle, y por cuya cabeza ofrecía 6,000 duros el general Reille, gobernador de Pamplona, entró en Aragón y pronto dió señales de su presencia. Entró en Egea y en Ayerbe y destrozó á una columna francesa, haciéndola seiscientos diez y siete prisioneros, y entre ellos al jefe que la mandaba. Musnier salió de Zaragoza para perseguirle, pero Mina esquivó su encuentro, cruzó Aragón, Navarra y Guipúzcoa y se apoderó de la ciudad y del puerto de Motrico, rindiendo á la guarnición francesa que allí había.

Esta expedición, tan atrevida como afortunada, sirvió para que los patriotas aragoneses cobraran ánimos, y redoblasen sus esfuerzos, manteniendo la guerra en aquella comarca y ayudando á Tabuena, que en algunas ocasiones llegó con su gente hasta la vista de Zaragoza.

Volvió Mina á Navarra, donde el general Reille, extremando sus medidas belicosas, había publicado un bando el 5 de Agosto concediendo indulto á todos los voluntarios que depusieran las armas y abrazasen el partido imperial en un breve término, pasado el cual serían ahorcados los que fuesen aprehendidos con las armas en la mano, haciendo responsables á los padres, parientes y autoridades, así civiles como eclesiásticas. Cumplióse en algunos tan bárbaras amenazas, figurando entre ellos el capitán don Manuel de Sadaba, el capitán graduado don Simón de Languidain y el subteniente don Gregorio Solchaga. Entonces Mina publicó el 24 de Octubre un decreto disponiendo poner en práctica iguales medios que los empleados por Reille, si éste no revocaba su bando, y amenazaba con ahorcar desde luego á veintitrés oficiales y setecientos soldados franceses que tenía prisioneros en su poder. El último artículo de los seis contenidos en el decreto, mandaba que éste se leyera á cuantos prisioneros había y demás que se hiciesen, «para que sepan (decía) el riesgo en que se hallan de morir afrentosamente en una horca por la conducta cruel del Conde de Reille». Bastó el decreto para que el gobernador de Pamplona revocara su bando, pero aun suavizados los furores de la guerra, ésta seguía en Navarra, donde Mina aumentaba cada vez más su prestigio y la cifra de sus partidarios.

Al Oeste de la Península se desenvolvían también los sucesos con mal resultado para los franceses. El general inglés Wellington, al que auxiliaban nuestros compatriotas don Carlos de España y don Julián Sánchez, se proponía rendir por hambre á Ciudad-Rodrigo, habiéndose fortificado al efecto en Fuenteguinaldo, á cuatro leguas de distancia de aquella población. Quiso socorrerla Marmont,

que se hallaba en Plasencia, y, de acuerdo con el general Dorsenne, salió éste de Astorga y se reunieron ambos cerca de Tamames el 22 de Septiembre; llevaban entre los dos 60,000 hombres. Cumplieron su principal objeto que era introducir viveres y municiones en Ciudad-Rodrigo; pero no lograron arrojar de sus posiciones á Wellington, á pesar de algunos combates, y habiendo surgido rivalidades enojosas entre Marmont y Dorsenne, se separaron poco después, volviendo aquél á Plasencia y dirigiéndose el último hacia Salamanca y Valladolid.

Wellington se dedicó entonces á apretar el cerco de Ciudad-Rodrigo, y sus auxiliares á repetir las correrías que tanto molestaban á los franceses. En una de ellas consiguió don Julián Sánchez apoderarse del gobernador de la plaza, en ocasión de salir éste al frente de doce soldados de caballería para hacer un reconocimiento.

Estas pequeñas ventajas se aumentaron con la obtenida el mes de Octubre



siguiente sobre el ejército francés de Extremadura, mediante un plan que ideó Castaños. Reforzada la división anglo-portuguesa de Hill con 5,000 hombres, de don Pedro Agustín Girón, segundo de Castaños, divididos en dos cuerpos que dirigían el Conde de Villémur y don Pablo Morillo, y con los 14,000 hombres que seguían á Wellington, quien vino de Fuenteguinaldo á marchas forzadas, juntá-

ronse todos en Aliseda. La proximidad de este ejército obligó al general francés Girard á retirarse de Cáceres al pueblo de Arroyo-Molinos, donde en la mañana del 28 le alcanzaron los aliados, derrotándole por completo. Nuestras pérdidas fueron escasas; no así las de los franceses que tuvieron cuatrocientos muertos, entre ellos el general Dombrowski, perdiendo, además de cañones, banderas y todo el bagaje, 1,400 prisioneros, entre los que se contaban el Duque de Aremberg, el general Brun y muchos jefes y oficiales. La noticia de esta derrota hizo que cundiera el pánico en Badajoz cuyas puertas cerró el gobernador francés durante varios días.

Algunas torpezas que cometió Abadía, comandante en jefe del 6.º ejército español en ausencia de Castaños, favorecieron la nueva invasión de Asturias, que realizó el general Bonnet. Entró por el puerto de Pajares, apoderóse de Oviedo y destacó columnas para que ocuparan Tineo, así como otros pueblos situados al Oriente de aquella provincia.

En el Mediodía de España no alcanzaban los franceses victoria alguna, y antes al contrario, Ballesteros destrozó en San Roque una columna enviada contra él. Ordenó Soutl á los generales Oudinot y Semelé que le persiguieran; pero Ballesteros tuvo habilidad para desorientarles primero y después para sorprender en Bornos á Semelé que huyó apresuradamente. Oudinot regresó á Sevilla y, como le reprendiese agriamente Soutl por lo infructuoso de su expedición, puso fin á sus días disparándose un tiro en la cabeza.

A fines de Diciembre de 1811 la situación del Rey José no podía ser más apurada. De ella dan buena prueba dos cartas suyas al Emperador, publicadas en el tomo VIII de las Memorias de Ducasse. Las dos tienen fecha de 24 de Diciembre, y una y otra decían lo mismo; que estaba reducido á Madrid, y que sin un millón mensual de francos no podría sostenerse por más tiempo.

V

Las Cortes. — El primer decreto del año 1811. — Consejo de Regencia. — El empréstito nacional y voluntario. — Juntas de provincia. — El presupuesto de Canga-Argüelles. — Siete mil millones de deuda pública. — Sacerdotes contra las Cortes. — Abolición del tormento. — El 2 de Mayo, fiesta nacional. — Abolición de los señoríos. — Sesiones secretas. — Preparando el proyecto de la Constitución.

Llegó á conocimiento de las Cortes la baja de Fernando VII para con Napoleón y los innobles mensajes que le dirigía desde Valencey, é inauguraron el primer día del año 1811 con un decreto notable. Declararon en él que no reconocerían, antes bien tendrían por nulo y de ningún valor, todo acto, tratado, convenio ó transacción que hubiese otorgado ú otorgara el Rey mientras permaneciera en el estado de opresión y falta de libertad en que se hallaba, ya fuese en el extran-

jero, ya dentro de España, pues jamás le consideraría libre la Nación, ni le prestaría obediencia, hasta no verle entre sus fieles súbditos «en el seno del Congreso nacional que ahora existe ó en adelante existiese, ó del gobierno formado por las Cortes».

Dedicáronse á las tareas legislativas y comenzaron por discutir y aprobar el reglamento del poder ejecutivo, del que ya habían tratado anteriormente. Diósele el mismo nombre de Consejo de Regencia, que había de componerse de tres individuos, con tratamiento el cuerpo de Alteza y honores de Infante de España. Se le confió la provisión de los empleos civiles y eclesiásticos, pero obligándole á presentar mensualmente á las Cortes una relación de los nombrados, donde se expresasen sus méritos y servicios. No podía conocer de negocio judicial alguno, ni decretar la cesantía de ningún magistrado sin causa justificada, ni trasladarlos, aún con ascenso, sin dar cuenta á las Cortes. Tampoco podía arrestar á ningún ciudadano por más de cuarenta y ocho horas. Se le prohibía crear nuevos empleos en Hacienda, conceder pensiones y variar el sistema de recaudación y distribución de los impuestos, sin previa autorización parlamentaria. Podía nombrar los embajadores y demás agentes diplomáticos, así como celebrar tratados de paz, alianza y comercio con las potencias extranjeras; pero éstos quedaban sujetos á la autorización de las Cortes, á rbitras, por último, para declarar la guerra.

Como se ve, el poder ejecutivo no era dictatorial.

Siguieron haciendo concesiones civiles y políticas á los americanos, en su deseo de conservar fieles á la metrópoli las provincias ultramarinas, donde aún no había cundido el fuego de la insurrección, y dictaron leyes para proteger las vidas y haciendas de los indios asiáticos y americanos.

Nos falta espacio para reseñar el cúmulo de decretos que se dictaron á fin de mejorar el estado del país. Uno de los más importantes fué el relativo á levantar un empréstito de 5.000,000 de duros, con la denominación de «nacional y voluntario», dividido en cédulas admisibles en pago de la tercera parte de los derechos de aduanas y de otros derechos de las tesorerías ó depositarias de las provincias.

El 24 de Febrero se trasladaron las Cortes á Cádiz, desde la isla de León, donde se encontraban. Al reanudar sus sesiones, dedicáronse á concluir la discusión del reglamento provisional para el gobierno de las Juntas de provincia, cuya duración sería de tres años, renovándose cada año por terceras partes. Se las confería extensas atribuciones en lo administrativo, ya que la guerra dificultaba que la acción del poder central llegase normalmente á todos los puntos del Reino.

El primer presupuesto de gastos é ingresos que se presentó á las Cortes lo hizo el secretario del despacho de Hacienda, don José Canga-Argüelles. El gasto anual lo calculó en 1,200.000,000 y en 225.000,000 los ingresos, entre los que no figuraban las remesas de América ni los suministros en especie y las contribuciones. La deuda pública ascendía á 7.000,000 y á 220.000,000 los réditos vendidos.

Para llenar tan enorme déficit hubo de apelarse á recursos extraordinarios,

además del citado empréstito de 5.000,000 de duros, como fueron, entre muchos, una contribución de guerra y la venta, en pública subasta, de los edificios y fincas de la Corona, á excepción de los palacios, cotos y sitios reales. También se mandó ingresar en el Erario los productos de los beneficios que estuviesen en economato, los de espolios y vacantes y parte de las pensiones eclesiásticas, decretos que censuraron violentamente algunos sacerdotes desde el púlpito, combatiendo lo que llamaban «irreligiosidad de los diputados».

Las Cortes proseguían activamente sus tareas. Mandaron abrir y continuar los estudios públicos en los colegios y universidades, suspendidos por orden de la Junta central desde el 30 de Abril de 1810; erigieron en los ejércitos un tribunal llamado de *Honra*, para juzgar sin apelación en ciertos delitos cometidos por los cadetes y oficiales; decretaron fuese fiesta nacional perpetua en toda España el aniversario del 2 de Mayo, é igualmente la celebración en las iglesias, el día de San Fernando, de una función religiosa conmemorando el levantamiento del pueblo contra el usurpador; y abolieron el tormento, los apremios y otras prácticas afflictivas para los acusados y vergonzosas para nuestra ilustración.

Siguieron á estos decretos, otros que deben recordarse, como el de la supresión de las pruebas de nobleza que antes se exigían á los que hubiesen de entrar en los colegios y academias militares; el de la creación de la *Orden nacional de San Fernando*; el en que se estableció la redención del servicio militar por dinero á los que hubiese cabido la suerte de soldado; y el que dispuso reconocer la deuda pública de todos tiempos y de todas procedencias, á excepción del empréstito hecho por el Tesoro de Francia en el reinado de Carlos IV, y el del que hizo Holanda durante el mismo reinado, en tanto que aquella nación estuviera subyugada por Napoleón y su familia.

La reforma más trascendental que hicieron las Cortes en aquel año la contiene el decreto de 6 de Agosto, cuyas principales disposiciones fueron las que siguen: «Desde ahora quedan incorporados á la Nación todos los señoríos jurisdic-



» dccionales, de cualquier clase ó condición que sean. Quedan abolidos los dicta-
 » dos de vasallo y vasallaje, y las pretensiones asi reales como personales que
 » deban su origen á titulo jurisdiccional, á excepción de las que proceden de
 » trato libre, en uso del sagrado derecho de propiedad. — Los señores territoriales
 » y solariegos quedan desde ahora en la clase de los demás derechos de propie-
 » dad particular. — Quedan abolidos los privilegios llamados exclusivos, prohi-
 » bitivos y privativos que tengan el mismo origen de señorío, como son los de
 » caza, pesca, hornos, molinos, aprovechamientos de aguas y demás... En ade-
 » lante, nadie podrá llamarse señor de vasallos, ejercer jurisdicciones, nombrar
 » jueces, ni usar de los privilegios y derechos comprendidos en este decreto, y
 » el que lo hiciere perderá el derecho al reintegro en los casos que quedan indi-
 » cados.»

La iniciativa de esta democrática reforma corresponde al diputado señor Rodríguez Bahamonde, al que secundaron eficazmente sus compañeros señores García Herreros y Polo. Notable fué el resumen hecho por el último al hablar en la sesión celebrada el día 11 de Junio.

« Por los datos estadísticos — dijo — que han podido reunirse, he visto que
 » de 25,230 pueblos, granjas, cotos y despoblados que tiene España, 13,309 son de
 » distintos señoríos particulares, con la circunstancia de que 4,716 villas que se
 » cuentan en las provincias de la Península, y son los pueblos de mayor número
 » de habitantes después de las ciudades, sólo 1,703 son de realengo y 3,013 de se-
 » ñoríos; los mismos datos; los mismos datos nos han demostrado que en muchos
 » pueblos los pechos y gabelas que se pagan á los señores exceden á las contri-
 » buciones ordinarias, y que los privilegios privativos y prohibitivos entorpecen
 » el trabajo é impiden el progreso de la agricultura.»

Este célebre decreto de 6 de Agosto, al abolir los señoríos, que no podía res-
 tar la revolución considerándolos como últimos vestigios del régimen feudal, des-
 truyó los excesos contra los que aparecía impotente la continuada protesta de
 los procuradores en los anteriores reinados, y reivindicó en favor del poder pú-
 blico el derecho jurisdiccional del que usaban y abusaban hasta entonces los se-
 ñores solariegos.

Movidas por todo extremo fueron las sesiones que se celebraron con motivo de
 algunas diferencias surgidas entre los antiguos consejeros del Supremo de Re-
 gencia, siendo uno de ellos don Miguel de Lardizábal y Uribe, que publicó un fo-
 lleto de bastante resonancia. Hubo de celebrarse estas sesiones á puerta cerrada,
 y en la misma forma lo fueron las dedicadas al delicado asunto de la mudanza de Re-
 gentes. En cuanto á este extremo, propuso don Agustín Argüelles que en la Regencia
 que se nombrara, con arreglo á la Constitución, no se pusiese ninguna persona
 real.

La obra fundamental de las Cortes, el proyecto de Constitución, comenzó á
 elaborarse. Sus dos primeras partes y largo discurso preliminar, redactado por
 Argüelles, los leyó don Evaristo Pérez de Castro en la sesión celebrada el 18 de

Agosto. Mientras aquéllas se discutían, la comisión correspondiente continuaba sus trabajos que terminó el 26 de Diciembre. La discusión duró hasta el 23 de Enero del siguiente año.

En otro capítulo trataremos del Código político que dieron al país los legisladores de Cádiz.
